

Abril 18/73

Tesoro de Autores Ilustres

OBRAS
DE
LUIS FIGUIER

DESPUES DE LA MUERTE

Entregas 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35 y 36.

BARCELONA

LIBRERIA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR, IMPRESOR DE S. M.
CALLE DE ESCUDILLERS, NÚMERO 57.

1873.

L47
4202

1774

Tratado de Matemáticas

OBRA

LUIS FIGUEROA

DESPUES DE LA MUERTE

1774

BARCELONA

En la imprenta de D. Juan de la Cruz, en la calle de San Jaume, número 10.

1774

que Jesucristo, despues de su muerte, descendió á los infiernos, y que despues de su resurreccion, volvió á pasar por la Tierra, y subió glorioso al Cielo, donde le esperaba su divino Padre.

Esta cosmogonía candorosa, que se limita á traducir lo que nos enseñan nuestros antepasados, ha sido la de todos los pueblos en su infancia. Las tribus salvajes de América y Africa, lo mismo que el antiguo Oriente, los Romanos, los Egipcios y los primitivos Griegos, han concebido el mundo con esa grosera simplicidad, con esa absoluta ignorancia de su constitucion. Sobre esta base, tan profundamente falsa, se han cimentado todas las religiones, y lo que es más, en ella se apoyan todavía. Las costumbres sociales de los pueblos modernos se han fundado en los mismos errores. El lenguaje los ha consagrado, pues por do quiera se llama todavía á la Tierra el *mundo*, como la llamaban los antiguos (*mundus*, *κόσμος*); por todas partes se dice que el Sol *anda*, ó *se dirige* de oriente á occidente, y que los astros *salen* ó *se ponen*. La poesía ha puesto su sello eterno en este vicioso sistema, y por decirlo así, lo ha consagrado, rodeándolo de todo el prestigio de la imaginacion y del génio.

La astronomía moderna ha hecho pedazos los cielos engañosos de la antigüedad; ha disipado la pretendida bóveda celeste sembrada de puntos radiantes; y ha colocado en su lugar una simple masa de aire coloreado. Ha puesto además de manifiesto el verdadero papel de cada uno de los astros que observamos de día y de noche; ha fijado, de un modo irrecusable, el lugar que le corresponde á la Tierra en el universo, y, preciso es confesarlo, se ha visto que este sitio era singularmente pequeño.

Hoy sabemos que la Tierra, lejos de constituir por sí sola todo el universo, no es más que un punto imperceptible de él. Comparándola únicamente con el Sol, hemos visto que es un millon trescientas mil veces más pequeña,

resultado bien distante por cierto de la opinion de los antiguos Griegos, que creian exagerar mucho atreviéndose á decir que el Sol era tan grande como el Peloponeso.

La Tierra ha sido además desposeida de todo privilegio. En otro tiempo se la creia única y sin rival: hoy se sabe que existen una infinidad de globos muy semejantes á ella, de suerte que viene á ser únicamente como un individuo en un grupo de otros individuos que se le parecen. Sábese tambien que la Tierra figura entre los planetas, y que, en efecto, no es más que un planeta de nuestro sistema solar.

Pero ¿qué es un planeta? dirá el lector. Bastará que dirija una mirada atenta hácia los astros de la noche, y lo comprenderá. Que examine, durante una noche despejada, el astro que le designe un observador instruido, con el nombre de Marte ó Júpiter, y que se asegure, en un momento dado, de su posicion. Que busque de nuevo, algunas horas despues, á Marte ó Júpiter, y advertirá que uno ú otro han cambiado de sitio con relacion á los demás astros. Que haga otra cosa mejor: que mire á Marte ó Júpiter á través del telescopio de un observatorio, ó con el antejo de uno de esos astrónomos al aire libre que suelen encontrarse en las plazas públicas de Paris y de las grandes ciudades, y verá cómo Júpiter ó Marte cambian de sitio á su vista. Mientras los demás astros que corresponden al objetivo del antejo permanecerán inmóviles, Júpiter ó Marte dejarán de corresponder al mismo.

Hay por lo tanto, astros móviles y astros fijos. Los primeros son los planetas (*πλανήτης*, de *πλανος*, errante); los segundos son las estrellas.

Digamos de paso que no es difícil distinguir á la simple vista los planetas de las estrellas. Estas despiden destellos brillantes (de donde procede su nombre, sacado del latín *stellare*, brillar); su luz parece agitarse. Los planetas

tienen , por el contrario , una luz siempre tranquila y no vacilante.

Esto consiste en que las estrellas despiden luz por sí mismas. Segun veremos despues, las estrellas son otros tantos soles semejantes al nuestro. Iluminan mundos parecidos á nuestro mundo, que por su prodigiosa lontananza no podemos siquiera divisar. Los planetas no tienen brillo propio: no hacen más que reflejar, cual gigantescos espejos, la luz con que el Sol los ilumina, y los hace visibles para nosotros.

Los planetas, pues, son astros que andan, y giran en derredor del Sol. Siendo la Tierra un planeta, es tambien un astro que anda, que gira en torno del Sol.

Pero la Tierra no es el único planeta de nuestro sistema solar. Hay otros siete, que no se diferencian esencialmente de la Tierra. Hé aquí los nombres de los ocho planetas, (comprendiendo entre ellos á la Tierra), que componen nuestro sistema solar, enumerándolos por el orden de su alejamiento del Sol: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Debemos añadir que entre Marte y Júpiter existe una multitud de pequeños cuerpos que parecen fragmentos de planetas rotos, y que tienen el nombre de *asteroides*. Conócense hoy más de ciento, y apenas hace medio siglo que se empezó á buscarlos en el cielo. Pueden reunirse mentalmente los *asteroides* y formar con ellos un grupo único, que seria el noveno planeta, colocado entre Marte y Júpiter.

Vamos á echar una rápida ojeada sobre los planetas que componen nuestro sistema solar.

Mercurio es el planeta más próximo al Sol, del que solo dista 14 millones de leguas, lo cual constituye una verdadera proximidad en astronomía.

Este planeta gira sobre sí mismo con la misma rapidez que la Tierra. El dia de Mercurio solo tiene tres minutos

más que el nuestro (24 h. 3 m.). Estando más próximo al Sol que la Tierra, Mercurio gira con mayor rapidez en derredor del Sol; así es que su año no consta más que de 88 días, mientras que el nuestro consta de 365.

Se sabe que la única causa de la desigualdad de las estaciones, lo mismo que la de los días y de las noches, en los planetas, depende tan solo de la inclinacion del astro sobre su eje de rotacion. Si los planetas giraran al rededor del Sol conservando la verticalidad del eje que une sus dos polos Norte y Sur, habria una igualdad perfecta en la distribucion de la luz y del calor solar en las mismas latitudes; habria á lo largo de cada paralelo, una igualdad, una regularidad completas en la iluminacion y calefaccion del planeta; las diferencias de calor y de frio dependerian únicamente de su mayor ó menor alejamiento del Sol. Pero esta verticalidad solo la tienen dos ó tres planetas de nuestro sistema: los otros, entre los que se cuentan Mercurio, Venus, la Tierra y Marte, están notablemente inclinados sobre su eje de rotacion. Estos astros giran todos ladeados, desmadejados, por decirlo así, como si hubieran recibido un gigantesco empujon que les hubiese desviado de su situacion primitiva y regular. De aquí resulta una distribucion muy variable de la duracion de la luz, y consiguientemente del calor que estos planetas inclinados reciben de los rayos horizontales del astro solar. Hé ahí de qué proceden á la vez la desigualdad en la duracion de los días y de las noches, y la diversidad de las cuatro estaciones en un mismo paralelo (1).

(1) Milton, en el *Paraiso perdido*, dice que antes del pecado de nuestros primeros padres, reinaba en la tierra una primavera perpétua; pero que tan luego como Adán y Eva hubieron comido el fruto prohibido, fueron enviados desde el Cielo algunos ángeles, armados de flamíferas espadas, para ir á inclinar los polos de la tierra más de 20 grados. Ha sido una fortuna para nosotros que los

La inclinacion del eje de rotacion del esferoide terrestre es de 23° : desviacion considerable, que ocasiona grandes diferencias en la duracion de los dias y de las estaciones en los distintos puntos de nuestro globo. En cuanto al planeta Mercurio, su inclinacion es verdaderamente enorme; llega á 70° . Este planeta está inclinado sobre sí mismo como si se fuera á caer. De aquí resulta una prodigiosa variabilidad de luz y calórico sobre un mismo paralelo, así como estaciones cuyos bruscos cambios deben soportar con gran pena y trabajo los habitantes de ese planeta, si es que existen.

Mercurio es cinco veces menor que la Tierra.

Venus sigue á Mercurio, con relacion á su alejamiento del Sol.

Distante del astro central 27 millones de leguas, Venus recibe dos veces más calor y luz que nuestro globo. Sus dias duran casi tanto como los nuestros (23 h. 21 m.). El año de Venus es necesariamente más corto que el de la Tierra, por lo mismo que el primer planeta está más cerca del Sol que el segundo: solo dura 224 dias. Sus estaciones no llegan más que á dos meses de duracion. Este globo tiene casi el mismo volúmen que la Tierra.

Venus está casi siempre rodeado de nubes que derraman en su superficie frecuentes lluvias, las cuales deben formar rios y mares. Estas aguas deben tambien refrescar las

ángeles no inclinaran mucho más nuestro globo, porque entonces las estaciones serian más irregulares y defectuosas.

Sabemos que Fourier ha pretendido que le seria posible á la humanidad producir un esfuerzo bastante grande para enderezar el globo sobre su eje, y restituirle la igualdad de las estaciones y la primavera perpétua. Solo se ha olvidado este filósofo de indicarnos una cosa: el procedimiento mecánico que el hombre deberia emplear para producir este efecto. Esto nos recuerda aquel ahogado que creia salvarse á sí mismo asiéndose de los cabellos, mientras se agitaba en el agua.

llanuras del planeta, caldeadas por los ardores de un Sol abrasador. Las estaciones son todavía mas bruscas y desiguales en el planeta Venus que en Mercurio, en razon á que su eje de rotacion está inclinado 75° .

Despues de Venus viene la Tierra. Colocada á 38 millones de leguas del Sol, la Tierra tiene el mismo volúmen que Venus. Su diámetro es de unas 3,000 leguas (12.732,814 metros exactamente). Rodeada de una atmósfera, verifica su revolucion sobre su eje en 24 horas (23 h. 56 m. 4 s.), y en 365 dias 5 horas su traslacion al rededor del Sol.

La inclinacion del eje de rotacion de la Tierra sobre la eclíptica es de 23° , lo cual produce, como hemos visto, las diferencias de los dias y de las noches y la desigualdad de las estaciones, segun las latitudes.

La Tierra tiene el privilegio, negado á los planetas Mercurio, Venus y Marte, de estar dotada de un astro secundario, llamado su satélite; este es la Luna. Colocada tan solo á 96,000 leguas de la Tierra, la Luna lleva á cabo en 27 dias su movimiento de revolucion en derredor de la Tierra.

Si pretendiéramos dar una descripcion cualquiera de nuestro globo, nos saldríamos de los límites de esta obra. Debemos suponerle suficientemente conocido del lector, y por lo tanto pasamos al planeta que le sigue en el orden de las distancias al Sol.

Ese planeta es Marte. Entre él y la Tierra existe una semejanza por demás extraordinaria. Condiciones físicas, geográficas y climatológicas, noches y dias, estaciones, perspectivas celestes; todo se parece entre estos dos planetas, con la única diferencia de que el globo de Marte es una mitad más pequeño que el de la Tierra.

Todas las suposiciones son léicitas, ¿no es cierto, amigo lector? Pues supongamos que uno de los numerosos globos

que Paris, sitiado por los prusianos en 1870, enviaba á los departamentos, se hubiese elevado á la altura de unos 15 millones de leguas de la Tierra, en dirección del Sol, y en la época de la conjuncion de Marte, contando sobre todo con que el aereonauta que montara este hipotético globo no hubiera perdido la vida: ¿qué habria sucedido? Que á la distancia de 15 millones de leguas de la Tierra (1), el globo, cediendo á la gravedad que le arrastraba hácia Marte, habria ido á caer en este último planeta. Ahora bien (y aquí es á donde queríamos venir á parar); el aereonauta, al fijar su planta en Marte, se habria figurado estar en la Tierra, sin que nada le hubiera podido sacar de su error. Terreno, montañas y colinas, rios y mares, hasta vegetacion, todo esto habria encontrado en el planeta donde estampaba sus huellas: y tanto, que le hubiera sido imposible saber si se hallaba en un rincon de la Tierra poco frecuentado y poco conocido, como la Australia y la Polinesia, ó en un planeta estraño á nuestro globo.

Nos hemos valido de este rodeo para hacer comprender mejor la semejanza que existe entre Marte y la Tierra. Estos dos planetas solo difieren al parecer por sus dimensiones, pues Marte, segun hemos dicho ya, es una mitad pequeño que nuestro globo.

Hé aquí; por lo demás, los datos de la geometría celeste de Marte.

Alejado de la Tierra 20 millones de leguas, y distante del Sol 58 millones, Marte tiene un diámetro de 1,650 leguas, mientras el de nuestro planeta es de 3,000 en números redondos, conforme hemos dicho: sus dias son de 24 h. 39 m., y su año es más largo que el de la tierra,

(1) Como el planeta Marte dista de la Tierra 20 millones de leguas, es preciso colócar el globo á esta distancia, porque la masa de aquel es la mitad de la de esta, y la atraccion disminuye en razon inversa de las masas.

puesto que este planeta está más apartado del Sol que nuestro globo. El año de Marte dura 22 meses 11 dias.

Como la inclinacion del eje de rotacion de Marte difiere poco del de la Tierra (28° en vez de 23°), sus estaciones, lo mismo que las horas del dia, están distribuidas en el uno, poco más ó menos como en la otra; solo que, como se halla más léjos del Sol que nosotros, disfruta de menos luz y menos calor: Marte no viene á recibir más que la mitad del calor y de la luz que nos cabe en suerte.

Marte está rodeado de una atmósfera que se reconoce fácilmente con nuestros telescopios, gracias á los efectos que produce. Con bastante frecuencia las nubes cubren totalmente al planeta.

Por lo demás, es ya cosa fuera de duda que todos los planetas que componen nuestro mundo solar tienen una atmósfera peculiar.

Prosiguiendo nuestro viaje por el cielo, y alejándonos del Sol, encontraremos despues de Marte el grupo de los *asteroides*. No nos detendremos en esa muchedumbre de pequeños astros, que segun toda probabilidad son los fragmentos diseminados de algun planeta que existia en ese punto del espacio, y que se hizo pedazos á consecuencia de algun formidable accidente del universo. Así como á los planetas importantes, tambien se han dado nombres á esos pequeños astros. Citaremos á *Vesta*, *Palas*, *Circe*, etc., etc. *Maximiliana* y *Feronia* están situados en los dos extremos, considerando su colocacion segun su distancia al Sol.

Estos restos de un astro roto continúan girando al rededor del Sol, como los planetas que componian primitivamente.

Despues de los asteroides viene el enorme Júpiter.

Júpiter es la esfera planetaria más voluminosa de nuestro sistema solar, pues escede 1400 veces en magnitud á

la Tierra. Le separan del Sol más de 200 millones de leguas. En atencion á esta distancia , su año, es decir, el tiempo de su revolucion completa al rededor del Sol, dura tanto como doce de los nuestros. A pesar de esta colosal dimension, Júpiter gira tan rápidamente sobre su eje que le bastan diez horas para dar una vuelta entera, por manera que solo tiene cinco horas de dia y otras cinco de noche.

La brevedad de las noches de Júpiter está compensada por la existencia de cuatro lunas ó satélites que giran en torno suyo, dotándole de una luz permanente. Esta iluminacion por reflexion , unida á crepúsculos muy largos, debe conceder á Júpiter unas noches tan claras que no serán por cierto muy inferiores á la iluminacion de los dias.

Si Júpiter tiene el inconveniente de que sus dias sean tan cortos , en cambio disfruta de la inapreciable ventaja de una igualdad perfecta en la duracion de sus dias y de sus noches, así como en la de las cuatro estaciones en todos sus paralelos, porque la oblicuidad del eje de rotacion, que en los planetas Mercurio, Vénus, la Tierra y Marte ocasiona la incómoda desigualdad que hemos indicado con respecto á la duracion comparada de los dias y de las noches, lo propio que de las estaciones en una misma latitud, es poco menos que nula en Júpiter. Este planeta gira sobre su eje geométrico casi sin ninguna oblicuidad. De aquí resulta para él, como tambien para el planeta Saturno, una especie de primavera eterna, es decir, que la distribucion del calor y de la luz solar se verifica con idéntica proporcion á lo largo de los mismos grados de latitud.

Así pues, Júpiter no está sujeto, como la Tierra y Marte, como Mercurio y Vénus, á frecuentes vicisitudes en sus estaciones, á las bruscas y penosas variaciones del calor al frio en el mismo sitio. Los climas son constantes en él para cada latitud, y las estaciones apenas sensibles.

Colocado á 364 millones de leguas del Sol , el globo de Saturno es 734 veces más grande que la Tierra. Emplea 30 años en recorrer su órbita al rededor del astro central, y su año equivale, por lo tanto, á 30 de los nuestros.

Así como los de Júpiter, los dias de Saturno son muy cortos; en diez horas gira sobre sí mismo, y por consiguiente, sus dias y sus noches no tienen más que cinco horas. Pero las ocho lunas ó satélites que le acompañan le iluminan durante las noches, viniendo á suplir la brevedad de los dias.

Como la oblicuidad del eje de rotacion de Saturno es casi nula, resulta que los dias son siempre iguales á las noches. Tiene un *equinoccio* perpétuo, sus climas son constantes, é insignificantes las variaciones de las estaciones. En Saturno, lo mismo que en Júpiter, se encuentra una primavera permanente.

Saturno presenta una particularidad geodésica, no concedida á ningun otro globo de nuestro sistema solar. Está colocado en el centro de un anillo de naturaleza idéntica á la del mismo planeta, el cual le circunda por todas partes. Este anillo está á su vez rodeado por otro, enteramente semejante, y este por un tercero, constituyendo los tres lo que en astronomía se conoce con el nombre de *anillos de Saturno*. Esta faja circular es sumamente delgada (solo tiene diez leguas de espesor), pero en cambio muy ancha (12,000 leguas de anchura). No permanece inmóvil, sino que gira en torno del astro á quien rodea.

La extraña disposicion de los *anillos de Saturno* nos ofrece una patente muestra de todos los inagotables tesoros de la naturaleza, de la infinita variedad de formas que el Criador ha tenido á bien realizar en el vasto dominio del universo, y es una saludable advertencia contra nuestra continúa tendencia á modelar segun el tipo de la Tierra los mundos que no conocemos.

Poco ó nada sabemos acerca de las particularidades geodésicas de Urano, planeta que solo es 82 veces mayor que la Tierra, y que sin embargo gira á 732 millones de leguas del Sol, invirtiendo $8\frac{1}{4}$ años en efectuar su revolucion en torno del astro central. Como consecuencia de su distancia al Sol, Urano recibe 732 veces menos calor solar que la Tierra. Está seguido de ocho satélites.

La prodigiosa distancia que separa á Urano de nuestro globo, unida á las reducidas dimensiones de este, hace que aquel sea casi inaccesible á los instrumentos de observacion celeste.

Por esta misma razon no puede saberse nada con respecto á las condiciones físicas y geográficas de Neptuno, el último planeta de nuestro sistema, astro descubierto en nuestros dias por M. Le Verrier, merced á la sola fuerza del cálculo, y que ha ofrecido la prueba más brillante que se haya dado jamás de la utilidad de las ciencias matemáticas. Neptuno es tan pequeño, y está colocado tan léjos de nosotros, que es muy probable que la sola observacion del cielo no hubiese permitido jamás descubrirle. En esta ocasion el análisis matemático fué más poderoso que el telescópico.

Imposible nos seria presentar datos análogos á los que hemos apuntado con respecto á los planetas precedentes, sobre un astro que solo es 105 veces mayor que la Tierra, que circula á la distancia de *mil ciento cincuenta millones de leguas del Sol!* y cuyo año dura tanto como 164 años terrestres; de suerte que si se contaran los siglos de la era cristiana con arreglo á la cronología neptuniana, en lugar de nuestro siglo XIX, nos hallaríamos en el 12^o año de dicha era. Todo cuanto podemos decir de Neptuno, es que termina el dominio de nuestro mundo visible.

No podemos, sin embargo, asegurar que nuestro mundo solar concluya en dicho límite. Verdad es que el alcance

de nuestros anteojos astronómicos se detiene en Neptuno; pero las fronteras del imperio celeste no son tales seguramente. Y en efecto, sabemos que algunos cometas vuelven á presentarse ante nuestra vista, despues de haber recorrido, como lo indica su curva geométrica, una profundidad del espacio igual á *treinta y dos mil millones de leguas*. Por consiguiente, la distancia de mil ciento cincuenta millones de leguas, que es la de Neptuno al Sol, no representa de ningun modo los confines de nuestro mundo solar, sino pura y simplemente los límites del alcance de nuestros telescopios.

La rápida ojeada que acabamos de dar sobre el conjunto de nuestro sistema solar prueba evidentemente que la Tierra no disfruta ningun privilegio. El papel que desempeña en la economía del universo, lo desempeñan tambien otros planetas, por lo cual no tiene justificacion la preeminencia que los antiguos le concedieron. La Tierra no es ni la más voluminosa, ni la más templada, ni la más iluminada de los nueve planetas. Todo en ella se reduce simplemente á formar parte de un grupo de astros: no es más ni menos que un individuo de este grupo.

Estas consideraciones nos conducen á una deducción muy importante. Puesto que la Tierra no tiene nada que la distinga de los demás planetas de nuestro sistema solar, debe encontrarse en estos lo mismo que se observa en nuestro globo. Ha de haber en ellos aire, agua, un suelo rígido, rios y mares, montañas y valles. Debe existir tambien una vegetacion, bosques y regiones cubiertas de verdor y de frescura. Han de encontrarse, por fin, animales y hasta hombres, ó por lo ménos, séres superiores á los animales, y que correspondan á nuestro tipo humano.

Pero ¿es esto posible, es esto cierto? Los planetas que giran, como la Tierra y al mismo tiempo que ella, en derredor del Sol ¿están físicamente constituidos como nuestro

globo? ¿ Están cubiertos de vegetales, habitados por animales ó por seres pertenecientes al tipo humano?

M. Camilo Flammarion se ha ocupado de una manera profunda de tan grave cuestion en una obra titulada *La pluralidad de los mundos habitados*, y en otra publicacion posterior, *Los mundos imaginarios y los mundos reales*. Nos apartaríamos del objeto de este libro si siguiéramos al autor en las diferentes consideraciones científicas por medio de las cuales demuestra que los planetas que forman parte de nuestro sistema solar son, así como la Tierra, teatro de la vida, de la organizacion, del sentimiento y del pensamiento. Fontenelle y Huygens habian ya abordado en el siglo xvii tan seductor problema; pero M. Camilo Flammarion lo ha planteado en nuestros dias con un esmero y un desarrollo particulares, fundándose en las lecciones de la astronomía y de la física que se refieren á este asunto. Por consiguiente, recomendamos las dos obras de M. Flammarion que acabamos de citar á los que quieran quedar completamente satisfechos con respecto á la cuestion de la *habitabilidad de los planetas*.

CAPÍTULO XIV.

Todo cuanto ha tenido lugar en la Tierra para la creacion de los seres organizados, debe haber ocurrido asimismo en los demás planetas. — Órden sucesivo de aparicion de los seres vivientes en nuestro globo. — Esta misma sucesion debe haberse verificado en cada planeta. — *El hombre planetario.* — El hombre planetario, lo mismo que el terrestre, se transforma despues de su muerte en sér sobrehumano, y pasa al éter.

Creemos con M. Camilo Flammarion, que en todos los planetas existen seres organizados. Pero los seres que viven en esos mundos lejanos ¿pertenecen á un tipo superior, análogo al hombre terrestre? Eso es lo que vamos á examinar.

Guiados por la analogía, único medio de exámen de que podemos disponer á falta de la observacion, admitimos que lo que ha pasado en la Tierra, desde la época de su formacion, ha debido ocurrir igualmente en todos los demás planetas, sus congéneres.

Hoy sabemos perfectamente cómo han aparecido las creaciones vegetal y animal, y de qué modo se han sucedido en nuestro globo desde su primitivo origen. En su principio no fué la Tierra más que un confuso monton de gases y de vapores inflamados que circulaban en torno del Sol. Enfriándose dichos elementos á consecuencia de su rápida carrera á través del espacio, pasaron primeramente

al estado líquido, despues al de masa ó pasta, y por último, siendo mayores los progresos del enfriamiento, al estado sólido. La consolidacion empezó por la superficie, porque la circunferencia de una esfera está más espuesta que el resto de la masa á las causas de enfriamiento. Entonces se condensaron el agua y los vapores que flotaban todavía sobre nuestro globo, y cayendo en forma de lluvias abrasadoras sobre el rígido suelo, formaron los primeros mares.

Lo que prueba que la Tierra se halló primitivamente en el estado líquido ó semi-pastoso, es que cuando se coge una esfera plástica, como por ejemplo, una bola de arcilla un poco fluida, y se la hace girar sobre su eje, se observa un crecimiento ó hinchazon hácia la parte media de dicha esfera, y cierto aplanamiento en los dos polos ó extremidades del eje, efecto de la fuerza centrífuga engendrada por el movimiento de rotacion, y precisamente la Tierra está aplanada hácia sus dos polos, y un poco dilatada hácia el Ecuador.

Todo cuanto ha tenido lugar en la Tierra ha debido tenerlo tambien en todos los demás planetas, en el momento de su formacion. Estos estaban tambien compuestos en un principio de montones de gases y de vapores, que por el enfriamiento se hicieron líquidos, despues pastosos, y por último sólidos. Como el enfriamiento se hizo sentir principalmente en su superficie, empezaron por presentar una corteza ó envoltura exterior, sólida, que fué el suelo del planeta: sobre este suelo resistente cayeron en seguida y se acumularon los líquidos resultantes del vapor de agua, y así es como se formaron los primeros mares de los planetas.

A aquellos que pongan en duda esta teoría, les recordaremos que el globo de Saturno y el de Júpiter presentan polos mucho más aplanados que los de la Tierra. ¿Cuál es la causa de este gran aplanamiento? La de que la veloci-

dad de la rotacion de estos dos planetas sobre su eje es mucho más considerable que la de la Tierra. Nuestros dias son de venticuatro horas, mientras que los de Júpiter y de Saturno duran tan solo diez. Á mayor rapidez de rotacion ha sucedido mayor depresion en las extremidades de los dos ejes. Este resultado geométrico demuestra la exactitud de la semejanza que establecemos entre la Tierra y los demás planetas, bajo el punto de vista de su origen.

Los primeros seres vivientes que han existido en nuestro globo aparecieron en las aguas, todavía calientes, que ocupaban el lecho de los mares. La vida animal ha empezado en las aguas. Los zoófitos y los moluscos son los primeros animales que aparecieron; porque estos y aquellos, unidos á algunos articulados, son los que componen los restos animales que se encuentran en los terrenos de transicion, que vienen despues de los terrenos primitivos.

En cuanto á los vegetales, los primeros que han aparecido, y cuyos vestigios se encuentran en los mismos terrenos de transicion, son los acotiledones ó criptógamos, es decir, musgos, algas y helechos.

Cuando la Tierra se enfrió un poco más, los vegetales fanerógamos (monocotilidones y dicotilidones) aparecieron en los continentes. Numerosas especies vegetales tuvieron entonces un origen simultáneo; porque la flora de los terrenos secundarios es sumamente rica y variada.

Lo mismo sucedió con respecto á los animales. Á los zoófitos, moluscos y pescados que existen en los terrenos de transicion, sucedieron en los secundarios los reptiles, que aparecieron así en los mares como en los continentes. Entonces nacieron también esos monstruosos reptiles sáurios, cuyas extraordinarias formas y colosales dimensiones nos causan hoy asombro y hasta espanto. Por entonces asolaba los mares el gigantesco Mosasauro; el terrible Ictiosauro sembraba el terror entre los habitantes de las aguas, y el descomunal Ignanodon despoblaba las selvas. Los

terrenos secundarios, cubiertos de sus restos óseos, nos demuestran que en la época secundaria los reptiles eran los dueños de la creacion entera.

Cuando más tarde se purificó la atmósfera, los pájaros empezaron á hendir los aires. En los terrenos terciarios se hallan restos de diferentes especies de aves; y estos vestigios, que no se encuentran en los terrenos anteriores, nos dicen claramente que los séres plumados hicieron su primera aparicion en el globo terrestre durante la época terciaria.

Más adelante aun, es decir, en un período posterior á la época terciaria, los mamíferos se presentan por primera vez en escena.

Tengamos en cuenta que todas las especies animales no se reemplazan mutuamente, que no siempre se excluyen las unas á las otras. Muchas de las antiguas especies animales subsisten aun despues de haber aparecido otras completamente nuevas. Entre los animales podríamos citar algunos grupos, como los Lúngulos (moluscos), el Coral (zoófito), la Ostra (molusco), y entre los vegetales, las algas, los helechos, los licopodos, cuyo origen se remonta á los primeros tiempos del reino organizado, y que no han cesado de conservarse en él desde aquel momento hasta nuestros dias.

Hasta la última época de la historia de la Tierra, es decir, hasta la época cuaternaria, no apareció el hombre, el grado más elevado de la creacion viviente, el último término del progreso orgánico, intelectual y moral, el coronamiento del edificio visible de la naturaleza en nuestro globo.

Hoy vive el hombre en compañía de los animales que tuvieron su origen durante la época cuaternaria, así como en la de un gran número de otras especies de mamíferos que habian sido creadas durante la terciaria.

Tal es en compendio la marcha progresiva de la creacion vegetal y animal sobre la Tierra.

Estas fases diversas que ha seguido el desarrollo del reino vegetal y del animal en nuestro globo, esas especies orgánicas perfeccionadas que se suceden unas á otras, convergiendo al tipo superior llamado hombre, han debido, en nuestro concepto, producirse siguiendo el mismo orden en los demás planetas de nuestro mundo solar. M. Càmilo Flammarion ha hecho patente, en la obra que hemos citado, que la constitucion física y climatológica de los planetas es idéntica á la de nuestro globo. No existe, pues, razon alguna para que en Mercurio, Venus ó Júpiter hayan ocurrido las cosas de diferente modo que en la Tierra, por lo que concierne al orden sucesivo de la creacion y de la aparicion de los séres vivientes.

Así pues, en esos planetas debe haber habido, segun nosotros, aparicion sucesiva de vegetales y animales, cuyo tipo ha ido perfeccionándose de edad en edad. Las plantas y animales de Júpiter, de Mercurio, de Saturno, etc., no eran seguramente idénticas, ni tal vez semejantes en nada, á las especies que se han presentado en la Tierra; pero todos han obedecido en su aparicion sucesiva al principio de progreso y de perfeccionamiento. Iniciada en las ardorosas ondas de los primeros mares, la vida se ha manifestado en seguida en los continentes: en ellos han vivido animales de organizacion aérea; sus especies se han ido perfeccionando poco á poco en su tipo, y por último, en esos planetas ha aparecido, como término final, un sér más acabado, superior en organizacion, en inteligencia, en sensibilidad, á todo el resto de la creacion animal que formaba la poblacion de este globo.

Séanos permitido llamar á ese sér superior, á ese último grado de la escala ascendente de la creacion viviente peculiar á los mundos planetarios, al que guarda corres-

pondencia y analogía con el hombre terrestre, el *hombre planetario*.

Existen, pues, *hombres* en todos los planetas, lo propio que en la Tierra, así como tambien existen animales inferiores á ese tipo noble y privilegiado.

Segun las consideraciones que hemos desarrollado al principio de esta obra, el hombre terrestre pasa por una metamórfosis gloriosa despues de su muerte. Dejando aquí abajo su miserable corteza material, su alma se lanza al espacio, y va á encarnarse en un nuevo sér cuyo tipo es infinitamente superior por sus perfecciones morales al de nuestra pobre humanidad. Se convierte en lo que hemos convenido en llamar el *sér sobrehumano*. Si este principio es cierto, por lo que toca al hombre terrestre, debe serlo tambien con respecto al hombre planetario: de suerte que el sér sobrehumano debe proceder, no tan solo de la Tierra, sino tambien de los otros planetas.

Los séres sobrehumanos se forman, pues, de las almas humanas que han vivido ya en la Tierra, ya en Mercurio, en Júpiter, en Venus, en Saturno, etc. Y así como el sér sobrehumano procedente de la Tierra pasa al éter que la rodea, así tambien el hombre planetario salido de Marte, de Mercurio, de Júpiter, etc., pasa al éter que rodea su propio planeta, encarnándose en un sér sobrehumano y viviendo en las porciones de éter inmediatas al planeta de que ha salido.

Todos estos séres superiores flotan en las capas del éter que sucede inmediatamente á la atmósfera de cada planeta.

Así es como se generalizan y se aplican á todas las humanidades planetarias los principios que hemos establecido para la terrestre. No es tan solo de la Tierra de donde salen las almas que van á encarnarse en séres nuevos en el seno de los espacios etéreos: esas almas proceden de todos los globos que componen, juntamente con la Tierra, el magnífico séquito del Sol.

CAPÍTULO XV.

Pruebas de la pluralidad de las existencias humanas y de las *reencarnaciones*.—Solo por medio de esta doctrina puede explicarse la presencia del hombre en la Tierra, las tristes y desiguales condiciones de la vida humana, y la suerte de los niños fallecidos en edad temprana.

La doctrina de la pluralidad de existencias y de *reencarnaciones*, que une entre sí, como si fueran otros tantos eslabones de una misma cadena, á todos los seres vivientes, desde el animal más ínfimo hasta las bienaventuradas criaturas á quienes es dado contemplar á Dios en medio de su gloria;—que depara á la humanidad terrestre hermanos en todos los distintos planetas;—que hace de los habitantes de nuestro globo una nacion del universo;—que vé en todas las poblaciones de los mundos una misma familia, la familia planetaria, donde cada cual puede elevarse, merced á sus méritos y á sus trabajos, en la gerarquía de la felicidad;—esa doctrina está apoyada por tan numerosas pruebas, que nuestra única perplejidad consiste en escojer entre tantos medios de demostracion como militan en su favor. Si pretendiéramos enumerarlos todos, prolongaríamos desmedidamente esta obra, así es que nos

contentaremos con poner de relieve los mas interesantes.

¿Por qué estamos en la Tierra? Nosotros no lo hemos solicitado, por cierto; ni siquiera hemos insinuado el deseo de nacer. Si se nos hubiera consultado, probablemente habríamos deseado, ó no venir á este mundo, ó aparecer en él en otra época. Quizás tambien habríamos pedido por morada un planeta distinto de la Tierra, porque nuestro globo es efectivamente desagradable para habitar en él. A causa de su inclinacion sobre su eje, los climas están distribuidos de un modo deplorable; es preciso, ó morir de frio, si no podemos preservarnos de sus rigores, ó dejarnos calcinar por el calor. Bajo el punto de vista moral, las condiciones de la humanidad son de las más tristes. El mal impera sobre la Tierra; el vicio está honrado por do quiera, y la virtud tan maltratada, que la honradez de la vida es aquí abajo una prenda segura de infortunio. Los sentimientos afectuosos son para nosotros manantial eterno de sinsabores y de lágrimas. Si gustamos por un momento los puros goces de la paternidad, de la amistad, del amor, es tan solo para ver cómo nos arrebatara la muerte los objetos de nuestro cariño, ó cómo nos separan de ellos los accidentes de una vida miserable. Los órganos que se nos han concedido para el ejercicio de esta vida son groseros, toscos y sujetos á enfermedades. Estamos enclavados al suelo, y para mover nuestra pesada masa, necesitamos emplear esfuerzos que producen el cansancio. Si por ventura existen algunos hombres bien organizados, dotados de una excelente constitucion y de una salud robusta, ; cuántos otros no existen enfermos, idiotas, sordo-mudos, ciegos de nacimiento, mancos, cretinos y locos! Mi hermano es apuesto y arrogante, y yo soy feo, enfermizo, raquítico y jorobado; sin embargo, los dos somos hijos de la misma madre. Unos nacen en la opulencia; otros en medio de la desnudez más espantosa. ¿Porqué no he de ser yo príncipe y gran señor en vez de ser un pobre trabaja-

dor de la tierra, ingrata y rebelde? ¿Por qué he nacido en Europa y en Francia, donde á fuerza de civilizacion y de arte, la vida se ha hecho soportable y fácil, en lugar de haber visto la luz bajo los cielos abrasadores de los trópicos, en donde, ostentando unos lábios bestiales, con la piel negra y untuosa, los cabellos encrespados, hubiera estado expuesto á los dobles tormentos de un clima mortífero y de la barbárie social? ¿Por qué no ha de disfrutar en lugar mio, las mismas condiciones de bienestar que yo disfruto, uno de esos desventurados negros de Africa? Ni él ni yo hemos hecho nada para ocupar el sitio que en la Tierra se nos ha designado; no hemos merecido ese favor, ni arrostrado esa desgracia. ¿Por qué, pues, esa distribucion desigual de males espantosos que pesan sobre ciertos hombres, mientras otros se ven libres de ellos? ¿Qué méritos han contraido para que la suerte les sea favorable los que habitan en regiones placenteras, al paso que muchos de sus hermanos sufren y derraman lágrimas de dolor en otras comarcas del mundo?

Hay hombres que están dotados de todas las ventajas del talento; otros, por el contrario, carecen de inteligencia, de penetracion, de memoria. A cada paso tropiezan en la difícil carrera de la vida: su imaginacion limitada, sus facultades incompletas, les exponen á toda suerte de contratiempos y desgracias: no pueden salir bien en ninguna empresa, y no parece sino que el hado les ha tomado por blanco de sus más funestos golpes. Séres hay cuya existencia, desde el momento en que nacen hasta el de su muerte, es un contínuo grito de dolor y desesperacion. ¿Qué crimen han cometido? ¿Por qué están en la Tierra? En verdad que no lo han solicitado, y si hubiesen sido libres, habrian suplicado que se apartara de sus lábios esa copa fatal. Están aquí abajo á pesar suyo; contra toda su voluntad. Esto es tan cierto que muchos de ellos cortan en un arrebato de desesperacion el hilo de su existencia, ar-

rancándose con sus propias manos una vida que hacen insoportable los más atroces tormentos.

Dios sería, pues, injusto y malvado si impusiera tan miserable vida á unos séres que ni la han solicitado, ni han hecho nada para arrostrar sus consecuencias. Pero Dios no es injusto, ni malvado; las cualidades contrarias son el atributo de su perfecta esencia. Por consiguiente, la presencia del hombre en tal ó cual punto de la Tierra, y la desigual distribucion de los males en nuestro globo, no pueden encontrar esplicacion.

Si conoces, amigo lector, alguna doctrina, alguna religion, alguna filosofía que resuelva estas dificultades, hago pedazos este libro, y me confieso vencido.

Mas si admites, por el contrario, la pluralidad de las existencias humanas y las *reencarnaciones*, es decir, el tránsito de una misma alma por muchos cuerpos diferentes, entonces todo se explica á las mil maravillas. Nuestra presencia en tal ó cual parte del globo no es ya efecto de un capricho de la suerte, ó el resultado del acaso; es la simple etapa de un largo viaje que efectuamos á través de los mundos. Antes de nacer en la tierra, hemos vivido ya, ora sea en el estado de animal superior, ora en el de hombre. Nuestra existencia actual no es más que la continuacion de otra, ya llevemos en nosotros el alma de un animal superior, que debemos purificar, perfeccionar, ennoblecer, durante nuestra residencia en la tierra, ya estemos condenados, despues de haber terminado una existencia imperfecta y mala, á comenzarla de nuevo á costa de nuevos trabajos. En este último caso, vuelve á empezar la carrera del hombre, porque su alma no es lo suficientemente pura para elevarse al grado de sér sobrehumano.

Nuestro tránsito por la tierra queda por lo tanto reducido á una especie de prueba que la naturaleza nos ha impuesto, durante la cual debemos pulir nuestra alma,

desligarla de los vínculos terrestres, y eximirla de los defectos que la mancillan y la impiden elevarse radiante hácia las esferas etéreas. Toda existencia humana que se ha empleado mal, tiene que empezar de nuevo. No de otra suerte el colegial que ha trabajado, que ha sido aplicado y laborioso, alcanza al terminar el curso una clase superior; pero si no ha hecho ningun progreso en sus estudios, *redobla* su clase. Los hombres perversos, los séres viciosos *redoblarán* su vida, y la redoblarán hasta el dia en que su alma se halle en disposicion de ascender un grado en la gerarquía de los séres, esto es, de pasar despues de su muerte al estado de sér sobrehumano.

Cuanto más oscura y aun inesplicable en las ideas ordinarias es la causa de nuestra existencia aquí abajo, tanto más sencilla y luminosa se presenta en la doctrina de la pluralidad de existencias.

Debemos añadir que esta doctrina está enteramente de acuerdo con la justicia de Dios. Al hacer de la vida terrestre una prueba para el hombre, Dios es equitativo y bueno como un padre de familia.

¿No vale acaso más someter un alma á una prueba, que puede empezar de nuevo si ha dado un mal resultado, que atenerse á una sola, si esta habia de traer consigo la irreparable condenacion del culpable? Es preferible ofrecer á una criatura degradada la posibilidad de una rehabilitacion debida á sus propios esfuerzos, que destrozarla cuando aun está envuelta en el cieno de sus imperfecciones y sus crímenes. La justicia y la bondad de Dios se echan de ver en este acomodamiento paternal, mucho mejor que en un juicio severo que condenaria sin remision á un alma, despues de una sola prueba que hubiese redundado en desventaja suya.

Si la vida humana es una prueba, un período en el cual nos preparáramos á una nueva y más dichosa existencia, ya no tenemos que averiguar por qué estamos en

la tierra, por qué vivimos hoy más bien que mañana y bajo una latitud del globo con preferencia á otra ; ya no tenemos que preguntarnos por qué hemos nacido en la Tierra, y no en Mercurio, en Saturno ó en Marte. Que vivamos hoy, ó que debiéramos nacer más tarde ; que hayamos visto la luz en la Tierra, en Mercurio ó en Marte ; que habitemos la Europa ó el Africa ; todo es completamente indiferente para nuestro destino. Y en efecto : estamos sometidos á un período de preparacion por el que debemos pasar necesariamente antes de ascender al estado de sér sobrehumano, y , por lo tanto, así el sitio , como el momento de nuestro viaje , el pais en que residiremos y el planeta que se nos ha señalado, como teatro de esta prueba, carecen enteramente de importancia con respecto al papel que debemos desempeñar, siguiendo los designios de la naturaleza. Efectuamos un viaje inmenso á través de los mundos, y nuestra insignificante parada en la Tierra forma parte de este vasto itinerario. Cualquiera que sea, pues, el rincon del universo donde hayamos sido lanzados, en él nos hallaremos siempre obligados á llevar á cabo la prueba que Dios nos ha impuesto, prueba de sufrimientos y de combates, período de dolores físicos y morales por el que debemos pasar antes de elevarnos en la gerarquía de las criaturas. Por consiguiente , el tiempo, el lugar, las condiciones morales , buenas ó malas, deben sernos del todo indiferentes. Lo que necesitamos es que nuestra permanencia en el planeta en que hayamos de realizar esta prueba sea breve y rápida , que por lo demás , lo mismo puede llevarse á cabo en la Tierra , que en Marte ó en Mercurio , ó en el punto de la Tierra que se quiera imaginar.

Si durante el curso de dicha prueba tropezamos con el mal moral ; si vemos el vicio triunfante y la virtud perseguida, si somos víctimas inocentes de la injusticia, de la crueldad ó de la ignorancia de los hombres, no debemos

murmurar de la Providencia, no debemos prorumpir en maldiciones contra el dolor, ni deplorar el escándalo del crimen dichoso y triunfante ante la virtud que sufre y llora. Tampoco debemos lamentarnos de las enfermedades de nuestro cuerpo, ni de las que nos asaltan en la cuna, afligiéndonos durante nuestra vida. No debemos quejarnos ni de la debilidad de nuestra imaginacion, ni de las pérdidas de nuestras facultades. Todas estas condiciones, contrarias á la felicidad terrestre, forman parte del programa de pruebas que hemos de soportar en esta vida. Aunque nos abrumen desgracias sin cuento, aunque nos perjudique dolorosamente la injusticia, aunque mil manos enemigas nos hagan sentir el peso de su crueldad, debemos bendecir esas desgracias, acoger con júbilo esas iniquidades, y bendecir esas manos sangrientas, porque son los instrumentos de nuestra redencion natural, y cuanto más penetrantes, acerados y dolorosos sean, tanto más próxima estará la hora de nuestro rescate, el momento feliz de nuestra salida de este globo impuro y cenagoso que hollamos por un momento. Además, la justicia no se hará esperar. El malvado no tardará en encontrar el castigo de sus faltas, volviendo á empezar aquí abajo una nueva existencia, mientras el bueno se elevará á las regiones superiores, donde le espera una vida nueva, más amplia, más dichosa, más sábia, más en armonía con las aspiraciones de nuestra naturaleza que la existencia precaria y miserable que arrastramos en la Tierra. Allí renaceremos, radiantes y fuertes, con toda nuestra memoria, con todo nuestro corazon y toda nuestra libertad!

De este modo quedan desvanecidas las dificultades, resueltos los problemas, aclaradas las dudas y revelados los misterios que ninguna doctrina, religion, ni filosofía alguna podian disipar, y que nos llevaban hasta el extremo de dudar de la existencia de Dios. La doctrina de las reencarnaciones y de las existencias anteriores lo explica todo y á todo responde.

Pasamos ahora á una de las cuestiones más interesantes de la doctrina de la preexistencia de las almas, á la de las criaturas muertas en su primera edad. ¿Qué es de los hijos de los hombres que mueren á la edad de algunos dias, ó al nacer, ó que solo llegan á la edad de ocho á diez meses? Hasta esta última época de la vida el alma humana no ha adquirido desarrollo alguno; se halla, poco más ó ménos, en el mismo estado rudimentario que tenia en el momento de nacer. ¿Cuál es, pues, la suerte de las criaturas despues de su muerte? Hé aquí la piedra de toque de toda religion y de toda filosofía, y hé aquí tambien el triunfo de la doctrina de las reencarnaciones, como se convencerá el lector.

La única religion cuyos principios sobre este asunto tenemos interés en conocer, es la religion cristiana. Veamos, pues, qué es lo que formula con respecto á esto, tanto bajo el punto de vista dogmático, como bajo el del culto.

La religion cristiana declara que los niños muertos en edad temprana van al Paraiso, si han recibido el sacramento del Bautismo. Esto, en nuestro concepto, es juzgar un tanto arbitrariamente; porque nadie puede decir la conducta que esos niños habrian tenido si su existencia hubiera seguido su curso regular. Si Dios concediera la dicha eterna á un alma, en cambio tan solo de unas cuantas horas de permanencia en la Tierra, durante las cuales el niño no ha podido hacer bien ni mal, seria soberanamente injusto, y lo seria en cuanto á los demás hombres, á los cuales impondria toda una vida de dolorosas pruebas, al mismo tiempo que concederia un privilegio de felicidades eternas á un sér que apenas habria pasado algunas horas aquí abajo. Para disfrutar de la bienaventuranza eterna, es preciso haberla merecido.

No podemos, por lo tanto, esplicarnos esta decision de la Iglesia, á ménos de suponer á Dios injusto y parcial. Crear un alma para una existencia de diez minutos y concederle

en seguida la eternidad de las recompensas, es una cosa que Dios, en su equidad, no puede hacer.

Prosigamos, y manifestemos lo que es de los niños no bautizados. ¿A dónde van á parar en concepto de la Iglesia, los niños muertos sin bautismo? Algunos teólogos feroces, que escribían antes del tiempo de San Agustín, no vacilaban en condenarles al fuego eterno. Sin embargo, su opinión no ha prevalecido, y la doctrina de San Agustín es la que hace ley. La Iglesia envía á los niños muertos en su primera edad y sin bautismo á un purgatorio especial, que se llama *limbo*, mansión intermedia entre el Paraíso y el Infierno. Allí no están sometidos á los tormentos eternos; pero sí privados de la contemplación de Dios; es un justo medio entre los dos extremos de las penas y de las recompensas eternas.

Todo esto está muy bien; pero hay que tener presente que los niños que mueren provistos del Sacramento del bautismo son en corto número, con relación á la humanidad entera. Solamente un poco más de la tercera parte de la población de la Tierra profesa la religión cristiana (1), y no todos los cristianos bautizan á sus hijos. Por otra parte, muchos niños mueren á consecuencia de algun accidente ántes de haber podido recibir el agua del bautismo. Es casi seguro que los cinco sextos de los hijos de los hombres fallecen sin haber recibido el saludable sacramento. Esos cinco sextos irían, pues, á perderse en la inmovilidad del *limbo*, en esa tumba helada, en esa soñolienta mansión de las almas, que por su esencia son todo actividad y movimiento. ¡Dios crearia, por consiguiente, almas sensibles para sumir sus cinco sextas partes en una especie de anodamiento!

Pero no es esto todo. La institución del bautismo es re-

(1) La población total del globo es de 1.300 millones de hombres, contándose 380 millones de cristianos.

ciente: apenas data de diez y ocho siglos. Antes del cristianismo, todos los niños estaban necesariamente privados de esa ceremonia sacramental, y por consiguiente, todos, sin escepcion, se iban derechos al limbo!

La humanidad es muy antigua: es mucho más vieja de lo que han creído los teólogos, y aun, hasta estos últimos años, los sábios. En lugar de cinco á seis mil años clásicos, la humanidad cuenta tal vez cien mil años de existencia. Es decir, que por espacio de cien mil años los niños habrán sido condenados á permanecer en el limbo, y solo hace mil ochocientos que un reducido número de ellos habrá podido entrar en el Paraíso, gracias al bautismo. ¡Durante noventa y ocho mil años la totalidad de las almas de las tiernas criaturas habrá ido á poblar esas tristes necrópolis! Y hay que tener en cuenta que ninguna de esas víctimas había hecho nada para merecer semejante suerte, porque ellas no tenían la culpa de que el bautismo no se hubiera instituido todavía. ¡De suerte que esos infelices seres habrán sufrido el castigo de una negacion de que ni siquiera tenían conciencia!

Véase, pues, á lo que queda reducida, en presencia del raciocinio, la esplicacion que da la teología católica acerca de la suerte de los niños muertos en edad temprana. Pero véase ahora cómo se simplifica la misma cuestion en la doctrina de la pluralidad de existencias. Esta doctrina admite que cuando un niño muere en su primera edad, es decir, ántes de la de un año (que es cuando generalmente termina la denticion), su alma permanece en la Tierra, y no pasa, como la de los hombres hechos, al estado de sér sobrehumano. El alma de un niño de doce meses se halla todavía en estado rudimentario; es, poco más ó ménos, lo mismo que era en el día de su nacimiento. Si el niño muere á esta edad, todo empieza de nuevo; es decir, que el alma del niño muerto, al desprenderse del cuerpo, en el mo-

mento de exhalar el último suspiro, vá á tomar posesion del cuerpo de otro niño recién nacido. Despues de esta nueva encarnacion, empieza otra vez su vida.

Si acontece que la nueva existencia no dura más de un año, nada impide que el alma pase por una tercera encarnacion en un tercer cuerpo de niño, hasta el momento en que haya traspasado el término que la coloca en las condiciones comunes.

Es imposible que el alma de un niño que todavía no ha adquirido ningun desarrollo, que no ha añadido nada á lo que ha recibido, sea tratada como las almas perfeccionadas, purificadas por el ejercicio de la vida, por los sufrimientos físicos y morales que hacen de nuestra residencia en la Tierra un período de preparacion y de sumision. La tierna criatura no podrá ser admitida en los dominios supra-terrestres: sino que vuelve sencillamente á empezar la prueba interrumpida. La mortalidad de niños entre el día de su nacimiento y la edad de doce meses es tan considerable que la naturaleza ha debido reservarse el medio de anular esta causa de confusion y de desórden en la continuacion y encadenamiento de sus operaciones.

La esplicacion que aquí damos acerca del destino de los niños está de acuerdo con la economía que se observa en las operaciones de la naturaleza. La naturaleza no consiente que se pierda nada de lo que ha sido creado. El alma de un hombre criminal es mala, pero es un alma, existe, y es eterna; luego no debe perderse. Lo que necesita es perfeccionarse y corregirse, lo cual sucede, merced á las nuevas existencias con que la naturaleza invita á esa alma imperfecta para proporcionarle los medios de levantarse de su postracion. De este modo se conserva el principio del alma, y no se destruye nada de lo que habia sido creado. El alma de un niño muerto en edad temprana

tampoco debe perecer. Por medio de una segunda encarnacion en otro niño podrá recobrar el curso de su evolucion, interrumpido accidentalmente por la muerte. Así pues, el alma se conservará sin que se destruya nada.

La química, desde los tiempos de Lavoisier, ha puesto en evidencia una gran verdad; que no se pierde nada de los elementos de la materia; que los cuerpos cambian de forma, pero el elemento material, el cuerpo simple, es imperecedero, indestructible, y que siempre se le puede encontrar intacto, á pesar de sus mil trasformaciones. Si es cierto que en el mundo material no se pierde nada, tambien lo es que en el mundo espiritual sucede lo mismo, y que todo se reduce á meras trasformaciones.

Por consiguiente, nada se pierde, ni en los séres materiales, ni en los inmateriales, siéndonos permitido establecer este principio nuevo de filosofía moral al lado del principio de filosofía química consignado por el génio de Lavoisier.

CAPÍTULO XVI.

Las facultades especiales de ciertos niños, las aptitudes y las vocaciones naturales de los hombres, son otras pruebas de reencarnaciones.—Explicacion de la frenología.—Las ideas innatas de Leibnitz y Descartes, así como el principio de causalidad de Dugald-Stewart, se explican únicamente por medio de la pluralidad de vidas. — Vagos recuerdos de nuestras existencias anteriores.

Si no hay *reencarnaciones*, si nuestra existencia actual es, como pretenden las creencias vulgares y la filosofía moderna, un hecho único, que no puede renovarse, es preciso que nuestra alma se forme al mismo tiempo que nuestro cuerpo, y que á cada nacimiento de un sér humano se cree un alma nueva para animar este cuerpo. Siendo así, preguntaremos ¿por qué no han sido calcadas todas esas almas sobre el mismo tipo, y por qué, cuando todos los cuerpos humanos son parecidos, existe una divergencia tan grande en las almas, ó lo que es lo mismo, en las facultades intelectuales y morales que las constituyen? Preguntaremos tambien: ¿por qué las aptitudes naturales son tan diversas y tan pronunciadas que con frecuencia resisten á todos los esfuerzos de la educacion que intenta reformatarlas, enderezarlas, dirigirlas en otro sentido?

¿De dónde proceden esos instintos precoces de vicio y de virtud que observamos en algunos niños, esos sentimientos innatos de altanería ó de bajeza, que contrastan á menudo de un modo chocante con las condiciones sociales de las familias? ¿Por qué se complacen ciertos niños en presentar los sufrimientos de sus semejantes? ¿Por qué les vemos experimentar un placer cruel cuando maltratan á los animales, al paso que vemos á otros conmovirse, palidecer y temblar en presencia de una persona que padece? ¿Por qué, si el alma de todos los hombres está vaciada en el mismo molde, no produce la educacion iguales efectos en todos los jóvenes? Dos hermanos siguen idénticos estudios en el mismo colegio: tienen los mismos maestros, y se les ofrecen iguales ejemplos. Sin embargo, el uno aprovecha maravillosamente las lecciones que recibe, y su instruccion, su educacion y sus modales son irreprochables: su hermano sigue, por el contrario, siendo ignorante y grosero. Si la misma semilla sembrada en estos dos terrenos ha producido tan diferentes frutos, ¿no consiste en que el terreno que ha recibido el grano, es decir, el alma difiere en uno y en otro?

Las disposiciones naturales, las vocaciones, se manifiestan desde los primeros años de la vida. Esta extraordinaria divergencia en las aptitudes no existiria si todas las almas estuvieran creadas con arreglo al mismo tipo. Los cuerpos de los animales, el del hombre, las hojas de los árboles están construidos conforme á un tipo idéntico, pues son muy pocas las diferencias que se advierten. El esqueleto de un hombre es siempre semejante al de otro hombre; el corazon, el estómago, los riñones, la vejiga, tienen la misma forma en todos los hombres. Con las almas sucede todo lo contrario: difieren notablemente de un individuo á otro. Diariamente oímos decir que un niño tiene felices disposiciones para el cálculo, otro para la música, y otro para el dibujo. En otros niños observamos instintos

brutales, violentos y hasta criminales, notándose que estas disposiciones naturales se dan á conocer desde los primeros años de la vida.

Cuando estas aptitudes llegan á un grado insólito y sorprendente, se nos ofrecen los ejemplos célebres que la historia ha conservado y que invocamos con gusto. Ya es Pascal, descubriendo á la edad de doce años la mayor parte de la geometría plana, trazando en el suelo de su cuarto sin haber recibido ninguna leccion, sin la menor nocion de cálculo, todas las figuras del primer libro del *Tratado de geometría* de Euclides, y valuando con entera exactitud las relaciones matemáticas de todas esas figuras entre sí, es decir, reconstruyendo por sí solo una parte de la Geometría descriptiva;—ya es Rembrandt, dibujando de un modo magistral antes de saber leer;—ya el pastor Mangiamelo, calculando á la edad de cinco años tan rápidamente como una máquina aritmética;—ya Mozart, ejecutando una sonata de piano con sus dedos de cuatro años, y componiendo una ópera á los ocho;—ya Teresa Milanollo, tocando el violin á los cuatro años con tanto arte y superioridad que Baillot afirmaba que debia haber tocado dicho instrumento antes de nacer;—ya Víctor Hugo, á quen Chateaubriand calificaba de «niño sublime», etc.

Estos ejemplos han quedado fijos en la memoria de todo el mundo; pero debe tenerse presente que no constituyen las escepciones. Para nosotros, no hacen más que traducir un hecho general, aunque llevado en estos casos particulares hasta un extremo digno de llamar la atencion pública. Tienen la ventaja de dar á conocer al vulgo una verdadera ley de la naturaleza, á saber: la diversidad de aptitudes y el predominio en ciertos niños de facultades particulares.

Existe en la lengua francesa una expresion consagrada exclusivamente á caracterizar á los niños dotados de estas

vocaciones extraordinarias y precoces: se les llama *pequeños prodigios*. Debemos añadir que á veces se toma á mala parte esta calificación. Acúsase, en efecto, á los *pequeños prodigios* de no haber realizado lo que prometían; y se hace observar que estas brillantes aptitudes que aparecen durante los primeros años no garantizan en manera alguna los éxitos extraordinarios que pueda obtener el individuo durante su carrera de hombre. Niño ha habido que á los cuatro años de edad dibujaba de una manera sorprendente, y que no ha pasado de ser un triste embaudnador cuando ha abrazado la carrera de las artes. Más de un músico que á la edad de ocho años entusiasmaba á su auditorio, en su edad madura solo ha llegado á ser un mediano ejecutante.

Esta observacion es justa, y hé aquí la esplicacion que de este hecho debe darse. Si los *pequeños prodigios* no han sido despues grandes génios, consiste en que no han cultivado sus aptitudes, en que han dejado que su talento se extinguiera por falta de trabajo y de ejercicio. No basta tener disposiciones naturales para una ciencia ó un arte; es preciso además que el trabajo y el estudio vengan á reforzar y desarrollar esta aptitud. Los *pequeños prodigios* se ven á menudo aventajados en su carrera por los grandes trabajadores, lo cual se explica sencillamente: han venido á la Tierra con las notables facultades que habian adquirido durante una vida anterior, pero no han hecho nada para desarrollar estas aptitudes, y se han quedado toda su vida en el mismo punto en que estaban en el momento de nacer. El hombre de génio es el que cultiva y perfecciona sin cesar las grandes aptitudes naturales que ha traído consigo á la Tierra.

Como la filosofía ordinaria pretende que para cada nacimiento se cree una nueva alma, no puede explicar esas aptitudes, ese predominio de facultades particulares que se observa en ciertos niños, las cuales hallan, sin embar-

go, una esplicacion satisfactoria y fácil en la doctrina de las reencarnaciones, viniendo á ser como un corolario de dicha doctrina. Desde el momento en que se admite una vida anterior á la presente, todo está comprendido. El individuo trae consigo al nacer la intuicion que para él resulta de los conocimientos que habia adquirido durante su primera existencia. Los hombres están más ó menos adelantados en inteligencia y moralidad, segun la vida que han llevado antes de venir á la Tierra á desempeñar el papel que les corresponde.

Esto es por demás evidente cuando se trata de un hombre que vuelve á empezar su vida. Durante su primera existencia habia adquirido ese hombre las facultades que utiliza en la segunda. Puede suceder que no disponga íntegramente de todas las que poseía en su vida pasada, pero tiene, como dicen los matemáticos, la *resultante* de esas facultades, y esta resultante es la aptitud especial, la *vocacion*. Es calculador, pintor ó músico de vocacion, porque ha tenido en su primera carrera humana la facultad del cálculo, del dibujo ó de la música. A nuestro modo de ver, es de todo punto imposible encontrar otra esplicacion á nuestras aptitudes naturales.

Se dirá indudablemente que es extraño que tengamos aptitudes y facultades resultantes de una vida anterior, al paso que no tenemos el menor recuerdo de dicha existencia. A esto respondemos que se puede haber perdido la memoria de los hechos consumados, y conservar, esto no obstante, ciertas facultades del alma que son independientes de todo hecho particular y concreto, sobre todo cuando dichas facultades son poderosas. Todos los dias vemos ancianos que han perdido la memoria de los sucesos de su vida, que no saben una palabra de la historia de su tiempo, ni de la suya propia, y que, sin embargo, ni han perdido sus facultades, ni sus más simples aptitu-

des. Linneo se complacia durante su vejez en leer sus propias obras: olvidando que era el autor de ellas, exclamaba: « ¡ Que hermoso é interesante es esto! ¡ Yo quisiera haberlo escrito! »

Nada se opone por consiguiente á que el niño conserve despues de la reencarnacion las aptitudes que tuvo durante su primera existencia, aun cuando haya perdido el recuerdo de los acontecimientos que han ocurrido durante dicho período, y de los cuales ha sido testigo. Estas facultades reaparecen y se manifiestan en el niño, lo mismo que el fuego de un incendio mal apagado se reproduce al soplo del viento. Aquí el soplo que hace brillar de nuevo la llama eclipsada de las facultades humanas, es el de una segunda existencia.

A las reencarnaciones en el cuerpo de un niño puede oponerse tambien la carencia de todo recuerdo; pero no es posible apelar á este argumento si se trata de la encarnacion del alma de un animal en un cuerpo humano. En efecto; como el animal casi no está dotado de memoria, se comprende desde luego que las aptitudes son las únicas que deben pasar del animal al hombre.

Los instintos, buenos ó malos, tiernos ó feroces, que las almas humanas manifiestan desde luego, se esplican por la especie de animal que ha trasmitido su alma al niño. Una criatura dotada de felices disposiciones musicales, puede haber recibido el alma de un ruiseñor, de ese cantor melodioso de nuestros bosques. Un niño, cuya vocacion es la de arquitecto, puede haber heredado el alma de un castor, el arquitecto de los bosques y de las aguas.

En resúmen: las aptitudes diversas, las facultades naturales, las vocaciones, se esplican sin la menor dificultad desde el momento en que se admita la doctrina de la trasmigracion de las almas. Para rechazar este sistema, seria preciso tachar á Dios de injusticia, puesto que con-

cedería á ciertos hombres facultades útiles al paso que se las negaría á otros; puesto que distribuiría con notoria desigualdad la moralidad y la inteligencia, esos fundamentos de la norma y direccion de la vida.

Este raciocinio es irrefutable, en nuestro concepto, porque se funda, no ya en una hipótesis, sino en un hecho, cual es el de la divergencia de aptitudes, de inteligencia y de moralidad que entre los hombres existe. Este hecho, inesplicable en todas las teorías filosóficas generalmente admitidas, no encuentra explicacion más que en la doctrina de las reencarnaciones, y es el que sirve de base á nuestro raciocinio.

Se ha discutido mucho en pró y en contra de la frenología, habiéndose acabado por no pensar en ella, á causa de no ser posible establecer una teoría de dicha ciencia en las ideas de la filosofía moderna. Háse juzgado más llano cerrar los ojos ante los trabajos de Gall, que buscar su explicacion. La verdad es que Gall ha cometido algunos errores de detalle, como sucede á todo fundador de una doctrina nueva, que no puede terminar por sí solo una obra sin precedentes; pero sus sucesores han hecho desaparecer los defectos del sistema, y hoy no hay más remedio que reconocer que la teoría de Gall es exacta. Esta doctrina se compone tan solo de puras observaciones en las que cualquiera puede ejercitarse.

Cuando la teoría de Gall, ó sea la *frenología*, se aplica en particular á los animales, se observa que es de una evidencia asombrosa. Si se trata del hombre, los hechos vienen tambien y casi siempre en confirmacion de dicha teoría. Es positivo que el cráneo de un asesino presenta las protuberancias anormales indicadas por Gall, y que, segun la doctrina del anatómico alemán, los sentimientos de cariño, de amor, de avaricia, de discernimiento, etc., pueden conocerse exteriormente por los relieves de la su-

perficie ósea del cráneo humano. En cambio, es muy raro que al palpar la cabeza de un malvado, de un Papavoine ó de un Troppmann, no encuentre en ella el frenólogo, eñ espantoso conjunto que revela las malas pasiones y la brutalidad.

Pero por desgracia la frenología causa un gran embarazo á nuestros moralistas, cuyas miras trastorna la filosofía mezquina de nuestra época. Los moralistas clásicos se preguntan si un hombre que tiene en su cráneo las protuberancias del asesinato es responsable de su crimen, si se halla en posesion de su libertad, y si es tan culpable como se le juzga, desde el momento en que obedece á las crueles inclinaciones que le impone la naturaleza cual madrastra despiadada. ¿Hay que mostrarse implacable con un hombre que no hace más que obedecer á su organizacion física, lo mismo, ó poco ménos, que un loco obedece al desarreglo de su mente enferma? Si así fuese, se cometeria una injusticia castigando al asesino, y por lo tanto, seria preciso saber si deberian más bien suprimirse los tribunales de justicia y los cadalsos, y si el verdadero criminal seria en este caso el juez que envia al patíbulo á un individuo que no tiene conciencia de sus acciones.

El mismo raciocinio, las mismas incertidumbres ocurren con respecto á los actos virtuosos. ¿Debemos estar muy satisfechos del hombre que cumple exactamente sus deberes, del ciudadano concienzudo y fiel, del individuo honrado y bueno, si en su conducta cuerda y respetable no hace más que obedecer á los buenos impulsos que le ha trazado de antemano su organizacion física?

Como se vé, estas consecuencias de la frenología eran comprometidas y casi inmorales. No puede admitirse sin trabajo y sin disgusto esa barbarie de la sociedad que condena á los culpables, esa carencia de mérito para el hombre virtuoso. Nuestros filósofos han salido del apuro, rechazando la frenología.

Sin embargo; de ningun modo debe rechazarse; se la puede conservar, y congratularse de esa nueva conquista de las ciencias de observacion, si se adopta la doctrina de las existencias anteriores. En efecto, la frenología tiene una esplicacion muy natural en dicha doctrina. Al venir á posesionarse del cuerpo humano, el alma imprime á la materia cerebral, donde reside el pensamiento, una modificacion, un predominio en armonía con las facultades que esta alma trae al nacer, y que habia adquirido en una existencia anterior, ya fuese humana ó animal. El cerebro está amasado por el alma con arreglo á sus propias aptitudes, á sus facultades adquiridas; despues la capa ósea del cráneo, que se amolda á la sustancia cerebral contenida en su cavidad, reproduce y manifiesta exteriormente estas señales de nuestras facultades predominantes. Los antiguos que decian: *Corpus cordis opus* (el cuerpo es la obra del alma, ó el alma construye su cuerpo), espresaban esta misma idea con una enérgica concision.

No hay, pues, que disculpar al asesino; no hay por qué negarle el libre albedrío; no hay necesidad de eximirle del justo castigo de su crimen. Si el malhechor ha bañado sus manos en la sangre de sus víctimas, no ha dependido de las protuberancias particulares que tuviera en su cráneo; esas protuberancias no hacian más que presentar al exterior, como para servirle de aviso y exhortarle á que se corrigiera de ellas, las inclinaciones viciosas y malas que habia traído consigo al nacer, y de las que hubiera podido triunfar por la voluntad y por el deseo ardiente de enderezar su alma deforme y viciosa. Siempre hay posibilidad de dominar, merced á convenientes esfuerzos, las malas inclinaciones de la naturaleza, y todos sabemos cómo triunfar del orgullo, de la pereza ó de la envidia. El hombre que no ha sabido corregir las disposiciones viciosas de su alma es culpable, y no hay nada que pueda disculpar el crimen que haya cometido estando en pose-

sion de su libre albedrío. Por consiguiente, ni la sociedad ni Dios, se oponen á la frenología cuando se acepta la doctrina de la pluralidad de existencias.

A despecho de los argumentos de Locke y de Condillac, la escuela filosófica moderna adopta casi unánimemente la doctrina de Descartes, de Leibnitz y de Platon sobre el origen de nuestras ideas. Admite con Leibnitz que «el alma al nacer no está vacía, como las tablillas en que no se hubiese escrito nada (*tabula rasa*),» sino que contiene los principios de las nociones que los objetos exteriores vienen más tarde á revelarles.

«La lógica y la metafísica, la moral, la teología, están llenas, dice Leibnitz, de semejantes verdades, y sus pruebas no pueden proceder más que de principios internos, llamados *innatos*. Es muy cierto que no debemos imaginarnos que se puedan leer en el alma, como en un libro abierto, esas leyes eternas de la razon, á la manera que se leía el edicto del pretor en la tabla de mármol; pero es lo bastante que puedan descubrirse en nosotros á fuerza de atencion, y los sentidos nos dan más de una ocasion para ello (1).»

Sabemos que Leibnitz ha corregido con bastante fortuna la doctrina de Locke sobre el origen de las ideas que, segun el lógico inglés, proceden únicamente de los sentidos.

«Es muy cierto, ha dicho Leibnitz, que en el entendimiento no existe nada sin que haya pasado previamente por los sentidos; mas es preciso exceptuar de esta regla al mismo entendimiento (2). Las ideas del ser, de una sola y propia sustancia, de lo verdadero, de lo bueno y otras muchas, no son *innatas* en nuestra alma sino porque nues-

(1) *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, libro I.

(2) *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensibus, nisi ipse intellectus.*

tra alma es *innata* en sí misma, y porque descubre en sí misma todas estas cosas (1).»

Sí; es muy cierto que al nacer traemos ideas que no sabríamos adquirir por nuestros sentidos ó por las operaciones del espíritu, verdades primitivas que sacamos de nosotros mismos, y que la educacion ó la lengua no podrian transmitirnos. Los filósofos modernos están completamente de acuerdo sobre este punto, y debemos añadir que los grandes talentos han estado en todo tiempo conformes asimismo con respecto á él. Aristóteles, cuya autoridad se invoca en oposicion á la de Platon, era mucho menos contrario de lo que se cree á la *inneidad* de las ideas del alma.

« Esas cosas, dice Aristóteles en su *Tratado de los animales*, están en cierto modo en el alma misma. » « Ταυτὰ δὲ ἐν αὐτῇ πῶς ἐστὶ τῆ ψυχῆ. »

Ciceron, comentando la doctrina platónica, llama al principio de nuestros conocimientos bosquejados, *prima invitamenta naturæ* (2) (la primera noción de las cosas). En la misma obra dice: *ingenuit sine doctrina notitias parvas rerum maximarum* (3) (el ingenio encuentra sin enseñanza pequeñas nociones de grandes cosas).

Quintiliano dijo á su vez: « El alma tiene cierta naturaleza que le es *innata* (*animi quædam ingenita natura*), el estudio no hace más que darle vuelo (*studio exercitata velocitas*). (4)

Platon, interrogando á un esclavo, le hace encontrar por sí mismo la solucion de muchas operaciones de geometría bastante complicadas, y de esto deduce que nacemos *geómetras*.

(1) *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, libro V.

(2) *De Finib.* V, 6.

(3) *Ibid.*, 21.

(4) *Inst. oratoris*, lib. V, cap. 10.

Las primeras nociones de lo verdadero, de lo bueno, de lo justo, y los axiomas que con ellas se enlazan, la noción de lo infinito, los principios de la moral, del derecho, de la religion, son innatos en nuestra alma: la educacion se limita á desarrollos y estimularlos. Así lo ha reconocido la mayor parte de los filósofos de todos los tiempos, que, conformes en cuanto al fondo, solo difieren en cuanto al nombre que dan á las nociones innatas. Platon llama á esas ideas inherentes á nuestra alma *reminiscencias de una vida anterior*. Los estóicos las llamaban *nociones comunes ó razones seminales*. Entre los modernos, Descartes y Leibnitz las califican de *ideas innatas*; Kant de *formas de la razon*, etc.

Un filósofo escocés de nuestro siglo, Dugald-Steward, ha precisado con mucho acierto la especie de ideas que traemos al nacer. Ha probado que la principal, la dominante de entre dichas ideas « intrínsecas del alma, » como decia Leibnitz, la que existe en todos los hombres desde su nacimiento, es la idea ó el *principio de causalidad*, principio que nos hace decir y pensar que no hay efecto sin causa, por el cual empieza la razon. En Francia, Laromiguière y Darimon se han convertido en eco, en vulgarizadores, de este descubrimiento del filósofo escocés. Así pues, las obras clásicas de filosofía moderna estampan esta proposicion como una verdad fuera de toda duda.

Nosotros admitimos sin reserva el principio de causalidad como la idea innata por excelencia, tomando al propio tiempo acta de este hecho. Solo, sí, preguntaremos á la filosofía dominante, cómo puede esplicarlo. Es muy cierto que existen en nuestra alma ideas *innatas*; y el *principio de causalidad*, que nos remonta invenciblemente del efecto á la causa, es la más evidente de esas ideas que parecen formar parte de nosotros mismos; pero ¿por qué tenemos ideas innatas y cómo se han abierto paso hasta nuestra alma? Hé aquí lo que no puede enseñarnos ni la filosofía clásica,

ni la de Descartes, que domina constantemente en Francia, es decir, en la Escuela normal y entre los profesores salidos de las Universidad de Paris. Se nos responderá tal vez, para emplear el argumento favorito de Descartes, que tenemos ideas innatas porque tal es la voluntad de Dios, que ha creado nuestra alma. Semejante respuesta seria arbitraria y vulgar; se la puede invocar, y se invoca en efecto á diestro y siniestro, pero no es un argumento lógico.

Las ideas innatas y el principio de causalidad se esplican muy sencillamente en la doctrina de la pluralidad de existencias, pues no son más que deducciones de nuestra doctrina. Habiendo existido ya nuestra alma, bien sea en el cuerpo de otro hombre, ó bien en el de un animal, ha conservado la huella de las impresiones que recibió durante dicha existencia. Verdad es que ha perdido el recuerdo de las acciones consumadas durante su primera encarnacion; pero como el principio abstracto de la causalidad es independiente de los hechos particulares, consistiendo solo en el resultado general de la práctica de la vida, debe subsistir en el alma durante su segunda encarnacion.

Esto mismo precisamente es lo que pensaba Platon cuando decia: «Aprender es recordar.»

El principio de causalidad, que no puede ofrecernos una teoría satisfactoria con la filosoffa actual, se esplica del modo más sencillo en la hipótesis de las reencarnaciones y de la pluralidad de existencias.

Acabamos de hablar de la memoria, y ya en otro capítulo (pág. 191) nos hemos ocupado de ella con motivo de las reencarnaciones. Entonces dijimos porqué hemos nacido sin la menor conciencia de una vida anterior. Si procedemos de un animal, hemos dicho, carecemos de memoria, porque el animal no la tiene, ó porque es sumamente limitada. Es preciso añadir que si procedemos de un alma hu-

mana que sale de nuevo á la luz de la vida, carecemos de memoria porque habria trastornado y hasta imposibilitado la prueba de nuestra vida terrestre, pues en las miras de la naturaleza entra el hacernos empezar de nuevo la prueba de la existencia sin que esté presente á nuestro espíritu el menor vestigio de nuestros actos anteriores, que entorpecerian nuestro libre albedrío.

Sin embargo, no terminaremos sin hacer observar que no siempre estamos privados de una manera absoluta del recuerdo de una existencia anterior. ¿Cuál es el hombre que, reconcentrado en sí mismo, durante sus horas íntimas de contemplacion y de soledad, no ha visto renacer ante sus ojos todo un mundo sepultado en los lejanos repliegues de un pasado misterioso? Cuando, absorbidos en una profunda meditacion, nos dejamos llevar á merced de nuestra fantasía, que nos impele por las regiones de lo vago y de lo infinito, creemos distinguir mágicos cuadros que no nos son totalmente desconocidos; creemos percibir armonías celestiales que más de una vez han recreado con suave deleite nuestro corazon. Esas secretas evocaciones, esas contemplaciones involuntarias que cada uno de nosotros puede atestiguar ¿nó serian por ventura verdaderos recuerdos de una existencia anterior á nuestra vida actual?

¿Nó podria atribuirse igualmente á un vago recuerdo, á una simpatía inconsciente, el placer real y profundo que nos causa la sola vista de las plantas, de las flores, de la vegetacion? El aspecto de una selva, de una risueña pradera, de un verde coto, nos interesa, nos conmueve á veces hasta hacernos derramar lágrimas. Lo mismo hablan á nuestro corazon las grandes masas de verdura que la humilde margarita de los campos. Cada cual tiene su planta predilecta, la flor cuyos perfumes se complace en aspirar ó el árbol cuyas emanaciones y sombra busca más particularmente. Rousseau se enternecia á la vista de una

clemátide ó yerba doncella, y Alfredo de Musset amaba los sauces hasta el punto de manifestar sus deseos, que han sido cumplidos, de que uno de esos árboles diera sombra á su sepulcro. Este amor por la vegetacion tiene misteriosas raices en nuestro corazon. ¿Nó debemos ver en este sentimiento natural una especie de vago recuerdo de nuestra primera patria, una secreta é involuntaria evocacion de ese verde habitáculo en que el gérmen de nuestra alma se ha abierto por vez primera á la luz del Sol, de ese potente promovedor de la vida?

Además del recuerdo indeciso y de esas imágenes que parecen pertenecer á nuestras existencias anteriores sobre el globo, sentimos algunas veces vivas aspiraciones hácia un destino más dulce y tranquilo que el que forma nuestra herencia en la tierra. Indudablemente que los séres groseros, entregados por completo á los intereses y á los apetitos materiales, no experimentan esos impulsos secretos hácia un destino desconocido y más dichoso; pero las almas poéticas y tiernas, las que son víctimas de las tristes condiciones que hacen un mártir y un esclavo de la naturaleza humana, se recrean en esas melancólicas aspiraciones, vislumbrando en el radiante infinito, celestiales moradas que serán un día su dichosa residencia, y deseando con impaciencia romper los vínculos que les sujetan á la tierra. Léase en el poema de *Mignon*, de Goethe, el interesante episodio en que Mignon, errante y desterrada, difunde su jóven alma en aspiraciones hácia el cielo, en impulsos sublimes hácia un porvenir desconocido y feliz que presiente y la atrae, y dígase si los hermosos versos del gran poeta, que fué tambien un gran naturalista, no ponen de manifiesto una gran verdad: la de la nueva vida que nos espera en el seno de las llanuras del éter.

¿Por qué todos los hombres, todos los pueblos, elevan sus ojos al cielo en los momentos solemnes, en los arrebatos de la pasion, en las angustias del dolor? ¿Se ha visto jamás

que alguna persona contemple en estas circunstancias con la misma insistencia la tierra, ó lo que se estiende á nuestros piés? Siempre es al cielo hácia donde se lanzan nuestros ojos y nuestros corazones. Al cielo dirigen los moribundos sus turbias miradas; hácia los espacios celestes dirigimos las nuestras cuando estamos sometidos al influjo de una de esas vagas meditaciones que hace poco describíamos. Debe creerse, pues, que esa tendencia universal á dirigir nuestra vista hácia los cielos es una intuición de lo que nós espera despues de nuestra vida terrestre, una revelacion natural del dominio que algun dia poseeremos en el celeste empiéo.

CAPÍTULO XVII.

La hipótesis de las vidas sucesivas comparada con el materialismo y con el destino del hombre segun el dogma cristiano. — Las penas y las recompensas en el cristianismo y en la doctrina de las vidas sucesivas.

Para apreciar como es debido la doctrina de las vidas sucesivas y de las reencarnaciones, seria preciso compararla á la idea que los principales sistemas filosóficos ó religiosostienen del destino del hombre. No podemos entrar en un exámen detenido de todas las concepciones filosóficas ó religiosas que han ocupado un lugar en la historia del espíritu humano ; pero tendremos un resúmen de estas doctrinas dirigiéndonos al materialismo por un lado, y por otro al dogma cristiano, para inquirir cómo esplican el origen y el fin de la humanidad.

El materialismo no hace la menor distincion entre el hombre y el bruto. Al suprimir el alma humana, ó lo que es lo mismo, no considerándola sino como una facultad que depende de la organizacion y que perece con ella, el materialismo no establece la menor distincion entre la vida del hombre y la de la de los animales. Entre el hombre

que vive en sociedad en las ciudades, y el oso taciturno y montaraz que se oculta en los bosques, el materialismo no establece ninguna diferencia de naturaleza. Y como no se cuida de saber si el animal está sujeto á castigos ó recompensas despues de su muerte, mucho ménos debe preocuparle esta dificultad en lo que concierne al hombre.

Creemos por demás innecesario decir que semejante doctrina áhoga todo pensamiento grande y generoso, todo impulso hácia el bien. ¿De qué serviría el amor al prójimo, la filantropía, la atraccion que siente toda alma sensible hácia sus semejantes desgraciados, si el hombre no fuese algo más de lo que son los demás séres de la naturaleza, y estuviese destinado, como ellos, á terminar aquí abajo su carrera? ¿Qué recompensa obtendria por sus buenas acciones, qué castigo estaria reservado á sus crímenes ó á sus culpas?

En vano es que algunos materialistas hayan buscado en las sutilezas del racionio un fantasma de castigos y recompensas que debe pesar sobre nosotros durante la vida. La recompensa de la virtud, dicen, está en la satisfaccion que nos causan las buenas acciones; el castigo, en el remordimiento de nuestras faltas, ó en la privacion de esa dicha íntima que se experimenta satisfaciendo los vehementes deseos de un corazon honrado. ¡Ah! La recompensa del bien que debemos esperar en esta vida es un deplorable engaño: ¿quién no lo sabe, quién no lo conoce así? No queremos insistir más sobre tan triste verdad, evidente para todo el mundo.

Si el materialismo es el azote de la sociedad, la religion es su saludable remedio; si aquel lleva la desolacion á los corazones, esta los exalta y los fortalece. El materialismo no se ha preocupado en lo más mínimo de las penas y de las recompensas despues de esta vida. En cambio, todas las religiones han mirado con preferencia esta cuestion; porque la doctrina de las penas y de las recom-

pensas despues de esta vida ocupa un lugar importante en todas las religiones antiguas y modernas, y particularmente en la cristiana.

Desgraciadamente el dogma del premio y del castigo en el cristianismo, dogma concebido más de dos mil años antes de Jesucristo, lleva el sello visible de la ignorancia propia de tan apartados tiempos. Por él, se hace á Dios á imágen del hombre; por él se atribuyen al Creador del universo nuestras mezquinas pasiones, nuestra justicia estrecha y limitada. Creado en una época en que ni siquiera se habia sospechado la astronomía, en que no se conocia más mundo que el conocido por el vulgo, no inspirándose más que en los engañosos datos que ofrecian los ojos y los errores populares, el dogma cristiano es un reflejo de las cándidas concepciones de la infancia de los pueblos: descuida al universo, para no ocuparse más que de la tierra, sin tener para nada en cuenta el resto de los mundos.

Los padres de la Iglesia, que despues de Jesucristo tuvieron á su cargo la mision de dar á los dogmas religiosos una forma definitiva, los respetaron escrupulosamente. Entonces no se tenia nocion alguna del verdadero mecanismo del mundo, porque el sistema astronómico de Tolomeo era el único admitido. Los teólogos, como San Agustín y San Gerónimo, imposibilitados de apreciar la magnitud del universo, á causa del vicioso arreglo de los mundos imaginado por Tolomeo, y totalmente estraños á la astronomía, solo se ocuparon de restaurar las partes secundarias del dogma bíblico.

Esta es la causa de que los pueblos modernos que profesan el cristianismo, ó alguna de sus numerosas derivaciones, admitan hoy, acerca del destino del hombre despues de su muerte, las mismas creencias pueriles que la imaginacion de los Orientales concibiera 4,000 años hace, en una época de ignorancia universal y de barbarie social.

Mas prescindiendo de esto, veamos cómo formula la Iglesia católica el dogma de las penas y las recompensas más allá de la tumba.

Después de la muerte, nuestro cuerpo permanece sobre la Tierra, y sufre en ella la descomposición que destruye toda sustancia material. Nuestra alma comparece ante Dios, quien, desde su elevado tribunal, la juzga soberanamente. Las almas de los justos van á parar al Paraíso, donde deben gozar de las felicidades eternas. Las de los réprobos descienden á los Infiernos, y allí quedan sometidas á tormentos sin fin. Las almas de los que no han transgredido de una manera demasiado criminal las leyes del Señor, pasan al Purgatorio, donde permanecen en reserva, y de donde pueden salir por la intercesión y los ruegos de los santos.

Los cuerpos de todos los hombres han quedado sobre la Tierra después de su muerte, mas no para permanecer siempre en ella. Cuando llegue el fin del mundo, la trompeta del ángel de Dios resonará por todas partes. A sus acentos se abrirán todas las tumbas. Los cuerpos recobrarán sus formas primitivas, y las almas que los habían abandonado tomarán de nuevo posesión de estos mismos cuerpos. Hasta entonces no se fijará definitivamente la suerte de los hombres. Reintegrados en su primer cuerpo, los elegidos de Dios residirán eternamente en el Paraíso, donde cantarán alabanzas sin fin al Sér Supremo, mientras que los condenados, arrojados á las tenebrosas gemonías de los infiernos, estarán sometidos á todas las angustias, á todos los tormentos de un padecimiento eterno.

En este cuadro se reconocen los rasgos de la mitología griega y romana. El Paraíso de los cristianos y los Campos Elíseos de los romanos y de los griegos son una misma cosa, así como el Infierno del cristianismo es el mismo que el de la mitología.

Las religiones modernas, diferentes del cristianismo,

tienen tambien su Paraiso y su Infierno, calcados en la antigüedad griega y romana, y aun el Paraiso de los mahometanos es más humano y más alegre que el de los cristianos. En todas las religiones modernas figura, lo mismo que en la antigua mitología, un Dios instituido en magistrado judicial, que decide la suerte de los hombres despues de su muerte, y que les destina á las penas y á las recompensas eternas, en un Infierno ó en un Paraiso.

Estas sencillas concepciones no son más que leyendas poéticas, graciosas ó terribles, y propias de la infancia de la civilizacion. No vaya á creerse que nos propongamos refutarlas sériamente. El dogma cristiano relativo á las penas y recompensas es un sueño de la imaginacion oriental, y seria supérfluo emplear argumentos lógicos para combatirlo, pues no son pocos los que se han tomado este trabajo. A partir de Diderot, de Voltaire y de los enciclopedistas del siglo xviii, no hay necesidad de rebuscar mucho en el campo trillado del escepticismo, ni tampoco serviria de nada sacar de nuevo á luz sus demostraciones, ó prestar calor á sus enfriados sarcasmos, aparte de que nos repugnaria someter á una diseccion cruel las ideas que tienen todavía el privilegio de consolar á las almas, esas ideas que profesan aun muchos espíritus nobles, honrados, virtuosos y sinceros, que todavía constituyen hoy el único dique que pueda oponerse á los odiosos principios del materialismo, y que tienden por último al objeto más interesante y más digno: al de guiar á los hombres por la senda del deber, de la virtud, y de la esperanza en otra vida.

Dejemos, pues, aparte, ó consideremos como simples mitos de la imaginacion oriental, esos cuerpos humanos que han pasado al estado de putrefaccion, que han desaparecido, se han convertido en polvo ó se han quemado, á pesar de lo cual se hallan intactos en el dia del juicio final, y prontos á recibir su alma, la cual viene del In-

fierno ó del Paraiso para revestir su antigua corteza material, y volver despues, envuelta en su primitivo cuerpo, á la mansion de las delicias ó de los tormentos eternos; — ese juicio final anunciado para la época de la terminacion del mundo, el cual, segun toda probabilidad, y ya se trate de la Tierra sola ó de todos los mundos planetarios, no tendrá nunca fin; — esas almas, que, mientras esperan en los infiernos el juicio final, están sometidas á los más penosos sufrimientos, por más que en el mero hecho de ser puros espíritus y de carecer, por lo tantó, de cuerpo, no puedan sufrir; — esos tormentos infligidos á muchos séres humanos, sin ninguna necesidad ni objeto alguno, puesto que no deben traer consigo el arrepentimiento del culpable ni su vuelta al bien; puesto que no existe nada en el término de esta espantosa expiacion; puesto que á tan atroces castigos no debe seguir la remision, ya que los condenados han de sufrir, siempre y sin fin, todo género de torturas, sin que esto dé lugar á otra cosa más que á sus blasfemias y á sus dolores; — esa irritante injusticia que hace que se imponga un castigo de una duracion infinita, por una falta de una duracion insignificante, por una sola vida mal empleada, y á veces hasta por una falta involuntaria é ignorada; — ese Paraiso soñoliento, donde las almas, sentadas en sus gradas, no hacen otra cosa sino contemplar á Dios en su gloria y cantar sus alabanzas; donde la inmovilidad constante es ley, mientras que la verdadera ley de los séres es el movimiento, es la incesante actividad, es la contnua tendencia al progreso, es la elevacion por el trabajo, por el trabajo que es la regla de la naturaleza y la esencia misma de Dios, y que debe ser tambien la regla, la ley, el principio de las almas llegadas á las regiones celestiales; — ese juicio que dispone de la eternidad como de la cosa más sencilla, que de una sola plumada nos destina á la eternidad de las felicidades ó de los tormentos, como si

la eternidad fuese un elemento que el espíritu humano pudiera, no ya suportar, sino comprender; como si la eternidad no fuese un espantoso abismo donde la razon se extravía; como si el hombre fuese capaz de traspasar en su imaginacion los límites de lo finito; como si no bastára imponer un castigo de una duracion desconocida, *incalculable*, ó mejor aun, proporcionada á las faltas, sin necesidad de abrir la perspectiva inútil de ese infinito, ante el cual retrocede asustado el espíritu humano, cuando tiene el valor de inclinarse sobre las profundidades de ese abismo de misterios; — ese Dios hecho á imágen del hombre, á quien se atribuyen los malos sentimientos de la humanidad, haciéndole cruel, vengativo y celoso, tan pronto irritado como apaciguado, como si en Dios existiese algun sentimiento análogo á los de nuestros débiles corazones; como si el mal no fuese dote exclusivo de la impotencia y de la fragilidad humanas; como si fuese posible que hubiera algo de malo en Dios, que es todopoderoso porque es todo orden y armonía; como si todo el mal de la Tierra no procediera exclusivamente del abuso que los hombres hacen de su libertad; — en fin, ese dogma científico en el que no se vé, no se abarca otra cosa del universo entero, con sus innumerables mundos, más que la Tierra y sus habitantes, la Tierra, ténue átomo perdido en la inmensidad, grano de polvo comparado con los millones de globos que pueblan el espacio!

Compárense estas ideas con el sistema de la pluralidad de existencias y de reencarnaciones, y digásenos si este último sistema no satisface doblemente las aspiraciones, no solo del espíritu, sino tambien del corazon; si la doctrina de las vidas sucesivas no une, al mérito de estar en armonía con nuestros conocimientos científicos sobre la multiplicidad de los mundos planetarios, la ventaja de adaptarse á la justicia, á la equidad y á la moral, es decir, á la idea que de Dios nos formamos.

En dicha doctrina, no queda reducido todo á la Tierra. Nuestra existencia sobre este globo no es más que la continuacion de otra existencia, y todo cuanto no hemos podido cumplir en una vida terrestre, lo cumpliremos en la vida siguiente, ya sea en el mismo globo, ó ya en el espacio etéreo. No siendo nuestra vida actual otra cosa sino un período durante el cual debemos perfeccionar, purificar y ennoblecer nuestra alma, seremos tratados despues de esta prueba con arreglo á nuestras acciones y nuestros merecimientos. Los hombres criminales y malvados, las almas bajas y viles volverán á empezar su existencia aquí abajo; tal es su castigo, y el recurso que les deja la naturaleza para levantarse de su caída. Los hombres buenos y sensibles, las almas elevadas y limpias de toda mancha por la práctica de las virtudes, dejarán este globo imperfecto, y bajo la forma de seres sobrehumanos, entrarán en las llanuras del éter, conservando su individualidad entera, su conciencia, su memoria y su libertad. Los conocimientos que el hombre haya adquirido durante su vida continuarán siendo su dote, durante la vida siguiente. Entrará en el dominio del éter tal cual habrá salido del dominio terrestre, con las mismas facultades que su alma tenia en el momento de morir. Segun ha dicho Cárlos Bonnet, «los progresos que hayamos hecho aquí abajo en el estudio y en la virtud, determinarán nuestro punto de partida en la otra vida, y el lugar que en ella ocuparemos (1).»

Por consiguiente, la condicion del sábio y del ignorante no será la misma en la otra vida; entre ellos existirá la desigualdad de potencia intelectual y moral, que resultará de la desigualdad de los conocimientos que hubiesen adquirido durante la existencia terrestre; y, como dice Cárlos Bonnet, ese será el punto de partida de uno y otro para efectuar su nueva carrera.

(1) *Palíngenesia filosófica.*

Un hombre ha pasado la vida inclinado sobre sus libros. Despues de haber enriquecido su imaginacion con gran caudal de variados conocimientos, ha abierto nuevas vías al estudio de la naturaleza, aumentando de este modo el poder del espíritu humano. ¿Y se pretenderá que este hombre participe exactamente, despues de su muerte, del mismo destino que el ignorante, que el sér embrutecido y degradado que no ha adquirido ni aprendido nada, y ha permitido que degenerara su alma? Esto no puede ser de ningun modo. La ciencia adquirida por un individuo es un bien que no debe perecer, que debe encontrarse de nuevo en alguna parte. La naturaleza no desperdicia nada. Cualquiera fuerza, una vez creada, no se aniquila; muy al contrario, siempre se la encuentra. La extensa copia de conocimientos que ha reunidó el sabio de que hemos hablado, debe redundar en provecho suyo despues de su muerte.

Todo lo cual equivale á decir que el hombre virtuoso y el hombre criminal no estarán comprendidos en la misma promocion celeste; que el verdugo y la víctima no se darán la mano en las sublimes regiones. Á pesar de esto, el malo no quedará desheredado por siempre del Eden reservado á las almas sin tacha; no verá cerradas indefinidamente para él las puertas de los cielos. Llegará á ese reino de paz y de felicidades supremas y entrará en él cuando la pureza de su vida terrestre le haya hecho digno de semejante elevacion.

Fuerza es reconocer que todo lo que antecede lleva impreso el sello de la moral y de la justicia. Y en efecto: ¿no es mucho mejor que el hombre, por vicioso, por degradado que se le suponga, persista en su individualidad, conservando la esperanza de una renovacion saludable? ¿No es preferible que, merced á su regreso al bien, le sea permitido elevarse en la gerarquía de las criaturas, á verse condenado sin remision, á causa de una sola vida mal em-

pleada? Digno es de un Dios equitativo y bondadoso conceder al malvado la probabilidad de salir bien en una tentativa que debe salvar su sér, el cual quedaria irremisiblemente perdido sin esta condicion. Dios no construye para destruir en seguida; no permite que las almas sensibles que ha creado, en su potestad soberana, lleguen á aniquilarse; sinó que les deja la posibilidad de réponerse de sus caidas y de volver á refugiarse en el seno de la naturaleza, en el círculo de la actividad de la vida. Jamás desespera de su obra: no quiere que se pierda ninguna fuerza; no consiente que ninguna de sus creaciones resulte inútil y estéril, ni para sí misma ni para Él. Un obrero hábil no desperdicia ningun bosquejo ó ensayo salido de sus manos, aunque no le haya salido bien; sinó que continúa trabajando en él y lo acaba. Así tambien, Dios recoge de nuevo y perfecciona un primer ensayo que ha tenido mal éxito.

Nos hemos propuesto no someter á ninguna discusion crítica el dogma cristiano de los castigos y de las recompensas, habiéndonos limitado, por lo tanto, á precisar bien sus términos para ponerle en parangon con la pluralidad de existencias. Sin embargo, no podemos menos de hacer observar, al terminar este capítulo, que el dogma cristiano es mucho menos consolador que la doctrina que exponemos en esta obra. Si dicho dogma fuese la espresion de la verdad, los vínculos de nuestros sentimientos afectuosos se romperian de un modo frecuentemente cruel é irreparable. Tenemos hijos, hermanos, amigos, que nos son tan queridos como nosotros mismos, y que viven en nuestras almas, por decirlo así. Ese juicio de Dios, que tiene lugar despues de una sola vida terrestre, vida en que tan numerosas y tan fatales son las probabilidades de obrar mal; trae consigo la esposicion á separar á dos personas ligadas con los lazos del parentesco ó de la amistad más íntima.

Si la una ha incurrido en la cólera de Dios, puede ser precipitada en los abismos tenebrosos, mientras la otra, en recompensa de su virtud, será llamada á gozar de las felicidades eternas del Paraiso. Por consiguiente, el padre y la madre, la mujer y el marido, dos amigos cariñosos, participarán de una suerte enteramente contraria; se verán separados por toda una eternidad. En medio de la felicidad perfecta de la morada de los elegidos, atormentará al padre el desconsolador pensamiento de que su hijo, á quien tanto quiso, ha quedado separado para siempre de él, y que este sér, objeto de tanto amor y de tanta solicitud, se vé condenado á una eternidad de penas, á torturas sin fin, y por consiguiente, los sentimientos de cariño que habrian hecho aquí abajo la felicidad de esos dos seres, constituirán su eterna desesperacion en los mundos superiores. Tanto uno como otro, habrán conocido el sentimiento de la ternura paternal ó de la mútua amistad para sentir exclusiva y perpétuamente su aniquilamiento.

No puede reprocharse á la doctrina de las vidas sucesivas tan notoria como estraña inconsecuencia. Si el dogma cristiano nos amenaza con separarnos de los objetos de nuestro cariño, condenando á un alejamiento eterno á las almas que se han amado en la Tierra, la doctrina de las vidas múltiples no hace más que dilatar el momento de la reunion de dichas almas. Si una de ellas se retrasa un poco durante su destierro sobre la tierra, en razon á las caidas y á las faltas de su existencia, puede muy bien recobrar lo perdido en la vida siguiente, y reunirse cuanto ántes al alma que la espera en las regiones celestiales. Esta reunion acaba siempre por efectuarse, y si acaso se retarda el momento de verificarla, es solo para dar al sér imperfecto y decaido el tiempo necesario para hacerse digno de aquel á quien ama, de igualarle en espíritu y perfecciones.

Así, pues, la pluralidad de existencias nos dá la seguri-

dad de que, suceda lo que quiera, nos reuniremos algún día á los seres que amamos. Nos dice además que esta reunión será inmediata, que tendrá lugar en el momento mismo de la muerte, si uno y otros hemos hecho de nuestra vida un uso conforme á las leyes generales del órden moral.

Esta doctrina ofrece, pues, á los desgraciados, víctimas del dolor que les causa la pérdida de un sér querido, los consuelos más seguros y más tranquilizadores. Es el bálsamo soberano de las tristes heridas de nuestro corazón. Sabemos que no se han perdido para nosotros las personas queridas que la muerte nos ha arrebatado: las vemos al través de los benéficos destellos de esta consoladora doctrina. Solo están veladas por un momento á nuestras pesadas miradas; pero no tardaremos en volverlas á ver, rodeadas de la resplandeciente claridad en que están bañados los mundos superiores. Sabemos que nos esperan en el umbral de ese radiante dominio, y que nos allanarán el camino de esos parajes sublimes que deben ser la recompensa de nuestros méritos y la expiación de nuestros sufrimientos valerosamente soportados, así como han sido el premio y el coronamiento de los méritos de aquellos á quienes lloramos. Tenemos la certidumbre de pasar á su lado la existencia infinita que va á desarrollarse para nosotros á través de los espacios, y no ignoramos que esta feliz reunión con los que hemos amado y á quienes amamos siempre, no será impedida por ningún accidente, ni entorpecida por ninguno de los obstáculos que han detenido y entristecido aquí abajo las mútuas expansiones de nuestros corazones. ¿Existe, por ventura una doctrina más consoladora y más dulce para las almas afligidas?

CAPÍTULO XVIII.

Resúmen del sistema de la pluralidad de existencias.

Creemos oportuno reasumir en algunas proposiciones sumarias, los principales rasgos característicos del sistema de la naturaleza que acabamos de explicar.

I. El Sol es el primer agente de la vida y de la organización.

II. En los tiempos primitivos de nuestro globo, la vida empezó á aparecer en las plantas acuáticas y aéreas, así como tambien en los zoófitos. Este mismo orden es el que se reproduce hoy todavía en el punto de partida y en el desarrollo de la vida y de las almas. Al caer sobre la tierra y las aguas los rayos solares, suscitan en ellas la formación de plantas y de zoófitos, y como al mismo tiempo depositan en dichos centros *gérmenes animados* que emanan de los séres espiritualizados residentes en el Sol, dan lugar al nacimiento de las plantas y de los zoófitos.

III. Estos y aquellas están dotados de vida y de sensibilidad, encerrando un gérmen animado, lo mismo que la simiente encierra el embrión.

IV. El gérmen animado contenido en la planta y en el zoófito pasa, á la muerte de cada animal, al cuerpo del que le sigue en la escala ascendente de la perfeccion

orgánica. Dicho gérmen pasa del zoófito al molusco; de éste al animal articulado, al pez ó al reptil; del reptil pasa al ave, y despues al mamífero.

En los séres inferiores, como por ejemplo en los zoófitos, pueden reunirse muchos gérmenes animados para formar el alma de un sér único de un órden superior.

V. Mientras va atravesando toda la série de los animales, esta alma rudimentaria se perfecciona y adquiere los principios de las facultades. Al sentimiento se une la conciencia, la voluntad, el criterio. Cuando el alma llega al fin al cuerpo del mamífero, ha adquirido ya cierto número de facultades, pues además del sentimiento, tiene la base de la razon, es decir, el *principio de causalidad*. Desde un animal mamífero perteneciente á los órdenes superiores, el alma pasa al cuerpo de un niño recién nacido.

VI. El niño nace sin memoria, como lo estaba el animal superior de que procede. A eso de la edad de un año, adquiere esta facultad, y va enriqueciéndose poco á poco con otras nuevas; desarróllanse en él la imaginacion, el pensamiento; fortifícase la razon, y la memoria se afirma y se extiende.

VII. Si el niño muere antes de llegar á la edad de unos doce meses, su alma, muy imperfecta todavía y desprovista de facultades activas, pasa al cuerpo de otro niño recién nacido, y empieza una nueva existencia.

VIII. Cuando el hombre muere, su cuerpo permanece en la tierra; pero su alma se eleva á través de la atmósfera hácia el éter que rodea todos los planetas, y entra en el cuerpo del *ángel ó sér sobrehumano*.

IX. Si durante su permanencia en esta tierra, no ha recibido el alma humana un grado suficiente de purificacion y de ennoblecimiento, vuelve á empezar una segunda existencia, pasando al cuerpo de un niño recién nacido y perdiendo el recuerdo de su existencia primera. Únicamente despues de haber alcanzado el grado conveniente

de perfeccion, tras una ó muchas reencarnaciones, es cuando esta alma puede abandonar nuestro globo para ir á residir en un nuevo cuerpo en el seno de las llanuras etéreas y constituir el sér sobrehumano, que recobra la memoria de todas sus existencias pasadas.

X. Lo que sucede en la Tierra, sucede tambien en los demás planetas de nuestro sistema solar, produciéndose por lo tanto, idénticas acciones así en Mercurio como en Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, etc. El Sol suscita en dichos planetas el nacimiento de vegetales, ó de séres análogos á nuestros vegetales. Por la accion que producen los rayos solares al caer en aquellos globos, esparciendo en ellos gérmenes animados, tienen origen las plantas y los animales inferiores. Pasando luego sucesivamente estos gérmenes animados, contenidos en las plantas y en los animales inferiores, por toda la série de estos últimos, acaban por producir un sér superior en cuanto á inteligencia y actividad, á todo el resto de los séres vivientes. A este sér superior, que es análogo al humano, le llamamos el *hombre planetario*.

XI. Al morir el *hombre planetario*, que habita Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, etc., su corteza material queda en el globo planetario y su alma pasa al éter que rodea á cada planta, con tal de que haya adquirido el grado conveniente de purificacion, y allí, va á encarnarse en un cuerpo nuevo, produciendo un sér sobrehumano.

XII. Se deduce, pues, que pueblan el éter falanges enteras de séres sobrehumanos, constituyendo la reunion de todas las almas purificadas procedentes tanto de nuestro globo como de los demás planetas. Además, el tipo orgánico de estos séres es siempre el mismo, sea la que quiera su patria planetaria.

XIII. El sér sobrehumano está provisto de atributos especiales, dotado de facultades poderosas que le colocan

en un grado infinitamente superior al de la humanidad terrestre ó planetaria. La materia está reducida en este sér, comparativamente al principio espiritual, á una proporcion mucho más exígua que en el hombre. Su cuerpo es vaporoso y ligero. Tiene sentidos que desconocemos, y los que poseemos se hallan perfeccionados, acrecidos ó sutilizados en él hasta un punto verdaderamente prodigioso. En un breve espacio de tiempo, puede recorrer todas las distancias, y trasladarse sin fatiga de un punto á otro del espacio. Su vista abarca distancias inconmensurables. Posee la intuicion de muchos hechos de la naturaleza, que están cubiertos con un velo impenetrable para los pobres humanos.

XIV. El sér sobrehumano procedente de la Tierra, puede ponerse en relacion con los hombres que son dignos de recibir sus comunicaciones. Dirige su conducta, vigila sus acciones, ilumina su entendimiento é inspira su corazon. Cuando los hombres resucitados en la gloria llegan á su vez á la region celeste, los recibe en el umbral de esta nueva residencia, y les facilita el ejercicio de la dichosa vida que les espera más allá de la tumba.

XV. El sér sobrehumano es mortal. Cuando ha terminado en los espacios etéreos el curso normal de su existencia, muere, y su principio espiritual entra en un cuerpo nuevo, en el del *arcángel* ó *sér archihumano*, en el cual domina cada vez más la proporcion de principio espiritual, relativamente á la materia.

XVI. Estas reencarnaciones en lo profundo de los espacios etéreos se reproducen un número de veces que es imposible determinar, y dan una série de criaturas más y más activas por su pensamiento y poderosas por su accion. Estos séres sublimes ven aumentarse, en cada una de estas promociones en las elevadas gerarquías del espacio, la energía de sus facultades intelectuales y morales, su potestad de sentir, y de amar, y su iniciacion en los más recónditos misterios del universo.

XVII. Tan luego como ha llegado al último grado de la gerarquía celeste, el *sér espiritualizado* es absolutamente perfecto en poder y en inteligencia. Entonces queda enteramente exento de toda mezcla material; ya no tiene cuerpo; es un puro espíritu. Al llegar á tal estado, penetra en el Sol.

XVIII. El Sol, el astro rey, es por consiguiente, la residencia final y comun de todos los *séres espiritualizados* que han llegado de los diferentes planetas, despues de haber recorrido la larga série de existencias trascurridas en medio de las llanuras infinitas del éter.

XIX. Los *séres espiritualizados* reunidos en el Sol envían á la tierra y á los planetas las emanaciones de su esencia, es decir, los *gérmenes animados*. Los rayos del Sol son los conductores de dichos gérmenes, que distribuyen en los planetas la vida, la organizacion, la sensibilidad y el pensamiento, al propio tiempo que dirigen todas las acciones físicas y mecánicas que tienen lugar sobre la tierra y sobre los otros planetas de nuestro mundo solar.

XX. El resultado de la accion de los rayos solares sobre nuestro globo es, segun hemos dicho, la formacion de las plantas aéreas y acuáticas y el nacimiento de los animales inferiores. En seguida empieza la série de las transmigraciones de las almas á través de los cuerpos de los diferentes animales, que debe venir á parar al hombre, al sér sobrehumano, y á toda la guirnalda de metempsícosis celestiales, cuyo último término es el sér espiritualizado ó sea el habitante del Sol.

Así se cierra y se completa ese gran círculo de la naturaleza, esa cadena no interrumpida de la actividad vital, que no tiene principio ni fin, y que reúne á todos los séres en una misma familia, la familia universal de los mundos!

Por consiguiente, la naturaleza no es una línea recta,

OBRAS PUBLICADAS

AUTORES NACIONALES.

- Aleman.**—Vida y aventuras del pícaro Guzman de Alfarache. Dos t., 28 reales.
- Amadis de Gaula.**—4 t., 56 rs.
- Bofarull.**—Hazañas y recuerdos de los Catalanes. 42 rs.
- Gervantes.**—Novelas ejemplares. 2 t., 24 rs.
- Conde.**—Historia de la dominación de los árabes. 3 t., 42 rs.
- Fr. Luis de Granada.**—Guía de pecadores. 2 t., 28 rs.
- Fr. Luis de Leon.**—Nombres de Cristo.—La Perfecta Casada. 2 t., 28 rs.
- Infante D. Juan Manuel.**—El Libro de Patronio, ó el Conde Lucanor. 12 rs.
- Melo.**—Historia de los Movimientos, Separación y Guerra de Cataluña. 44 rs.
- Mendoza.**—Guerra de Granada 12 rs.
- Moncada.**—Expedición de Catalanes y Aragoneses, contra Turcos y Griegos. 12 rs.
- Padre Scio de San Miguel.**—La Sagrada Biblia.—Nuevo Testamento. 4 t., 56 rs.
- Saavedra Fajardo.**—Empresas políticas. 2 t., 28 rs.
- Santa Teresa de Jesús.**—Vida de la Santa, escrita por ella misma. 44 rs.
- Camino de Perfección.—El Castillo Interior ó las Moradas.—Conceptos de amor de Dios.—Poesías. 14 rs.
- Cartas, con notas de Fray Antonio de San José. 3 t., 42 rs.
- Cartas, con notas de Palafox y Mendoza. 3 t., 42 rs.
- El Libro de las Fundaciones. 14 rs.
- Trueba y Cósio.**—El Castellano, ó el Principe Negro en España. 2 t., 28 rs.

AUTORES EXTRANJEROS.

- Aimé-Martin.**—Educación de las madres de familia. 2 t., 23 rs.
- Ariosto.**—Orlando furioso. 3 t., 42 rs.
- Arlincourt.**—El Peregrino. 44 rs.
- La Estrella Polar. 44 rs.
- Los Eslabones de una cadena. 42 rs.
- Arlincourt.**—Los Tres Reinos, 44 rs.

- Beecher Stowe.**—La Cabaña del Tío Tom. 12 rs.
- Blanc.**—Historia de Diez años, ó sea de la Revolución de 1830 á 1840. 7 t., 98 rs.
- Critineau-Joly.**—Historia de la Compañía de Jesús. 7 t., 98 rs.
- Dante-Alighieri.**—La Divina Comedia. 40 rs.
- Defauconpret.**—Masaniello. 14 rs.
- Devay.**—Historia del Hombre y de la Mujer casados. 10 rs.
- Descuret.**—La Medicina de las pasiones. 2 t., 16 rs.
- Duguet.**—Tratado de los principios de la fe cristiana. 3 t., 42 rs.
- Dumas.**—Teatro. 4.^a serie, 14 rs.
- Du-Puy.**—Instrucción de un padre á su hija. 12 rs.
- Fénélon.**—Aventuras de Telémaque. 42 rs.
- Figuer.**—Después de la muerte. 16 rs.
- Filipon y Huart.**—La Parodia del Judío Errante. 2 t., 30 rs.
- Flammarión.**—Dios en la naturaleza, 16 rs.
- Gloja.**—La Ciencia de querer y de ser querido. 14 rs.
- Goethe.**—Fausto, poema. 12 rs.
- Grossi.**—Marcos Visconti. 14 rs.
- Guizot.**—Historia de la Civilización en Europa. 14 rs.
- Harrison.**—La Torre de Londres. 2 t., 28 rs.
- Hildreth.**—El Esclavo blanco. 4 t., 12 rs.
- Jorge-Sand.**—Lelia-Espiridion. 2 t., 28 rs.
- Leynadier.**—Historia de la Revolución de Francia en 1848. 42 rs.
- Mignet.**—Antonio Perez y Felipe II. 42 rs.
- Saintine.**—Historia de la hermosa Cordelera. 12 rs.
- San Alfonsi Mariæ de Ligorio.**—Lexicon Theologiæ Moralís. 44 rs.
- Silvio Pellico.**—Mis prisiones y Deberes del hombre. 14 rs.
- Stolberg.**—Historia de Ntro. Sr. Jesucristo. 2 t., 28 rs.
- Soulié.**—Sataniel: Novela histórica. 14 rs.
- Sue.**—Martin el Expósito. 5 t., 66 rs.
- El Castillo del Diablo. 14 rs.
- El Judío Errante. 7 t., 98 rs.
- Los Misterios de París. 5 t., 70 rs.
- Arturo. 2 t., 28 rs.

EN PUBLICACION.—Obras de Camilo Flammarión, de Luis Figuer y de Andrés Pezzani.